

Selección

TERROR

LA NOCHE DE LOS SADICOS

CURTIS GARLAND

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

252 — Las brujas de Comftock, *Burton Hare*.
253 — Cuando salga del ataúd, *Curtis Garland*.
254 — Al final de la noche, *Clark Carrados*.
255 — El estanque, *Ralph Barby*.
256 — ¡Arde, Diosa, arde!, *Clark Carrados*.

CURTIS GARLAND

LOS SADICOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 257
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 46.873 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Había empezado a lloviznar ligeramente poco antes.

El ciclo estuvo nublado toda la tarde, pero ahora esas nubes se habían vuelto más oscuras, mucho más oscuras, hasta el punto de precipitar la caída del atardecer sobre el paraje frondoso que rodeaba aquel punto de la amplia curva de la carretera.

Y tras el oscurecimiento del nublado, había llegado, lógicamente, la lluvia. No era muy abundante ni copiosa, pero era molesta y fría.

A Kate Mac Gregor no le gustaba la lluvia. Nunca le había gustado. Lograba entristecerla y abatirla. Pero si, además, la sorprendía en la carretera, al salir de su trabajo habitual, y tenía que esperar el autobús en la curva de la milla seis, sufriendo sus molestias, entonces sus sentimientos hacia la lluvia se hacían irritantes, de claro disgusto.

Esta era una de esas veces, por desgracia para ella. Además, la ojeada que dirigió a los nubarrones, no logró despertar en ella sentimientos de optimismo de ningún género. La tarde se presentaba amenazadora. La noche iba a ser lluviosa, sin duda alguna.

—Y eso tenía que suceder en viernes —se lamentó, disgustada—. No podré ir al cine, ni tal vez mañana a la discoteca... Oh, es irritante... ¿Por qué tiene que llover siempre cuando menos falta hace?

Apresuró el paso, notando contrariada que las gotas de lluvia se hacían más pertinaces y abundantes. La parada del bus estaba ya próxima. Pero faltaban al menos diez minutos para que pasara el coche que ella tenía que coger, de regreso a la población. Eso, si iba puntual, cosa que no siempre ocurría.

—Tendré que comprarme esa motocicleta —se dijo, siguiendo su monólogo por el arcén de la carretera, junto a los matorrales y arboledas que flanqueaban la cinta de asfalto de aquella carretera secundaria del condado—. Pero hubiera preferido dedicar mis ahorros a otras cosas.

En momentos así era cuando lamentaba no haber hecho antes esa compra, aun privándose de otros gastos, como era adquirir ropas nuevas, frecuentar discotecas y cinematógrafos y todo eso...

Pero ahora era tarde para arrepentirse de todo ello. Lo importante es que no se mojara demasiado. Y que el autobús llegase pronto. Lo antes posible.

Súbitamente, Kate se detuvo, mirando sorprendida hacia atrás. Vio que el aire y la lluvia agitaban unos altos arbustos, y unos cañaverales situados algo más allá, bordeando la acequia próxima. Pero no era sólo el rumor de aquellas plantas lo que ella hubiera jurado oír. Por un momento, creyó que eran pasos los que sonaban, siguiéndola entre la espesura y haciendo crujir las ramas secas.

Pero evidentemente, no había nadie a la vista. Kate siguió adelante, encogiéndose de hombros. Su imaginación y los días lluviosos, le hacían

siempre ver o sentir cosas que no existían. Era la depresión, sin duda.

Apresuró el paso, sin embargo, como si un oculto temor la incitara a seguir más rápida, alejándose de aquel paraje que nunca había acabado de gustarle.

Tropezó en un ramaje, lanzó una exclamación de dolor, al sentir el tirón del tobillo al torcerse, y permaneció unos momentos arrodillada, frotándose la parte dolorida.

Entonces sí. Entonces, estuvo secura.

Había oído un rumor rápido de pasos allí cerca. Miró los cañaverales, alarmada. Estuvo segura de ver que se agitaban por algo más que el simple efecto del aire y la llovizna. Había algo más.

Y no podía ser nada bueno.

Luego, descubrió el brillo mortecino tras los cañaverales. Sintió un escalofrío y un miedo atroz. Se incorporó, agitada, temblorosa.

Aquel brillo parpadeante... era el de unos ojos humanos fijos en ella.

Quiso gritar. Pero ni pudo ni debía hacerlo. En vez de ello, echó repentinamente a correr. Nunca le pareció tan lejana una curva de la carretera, nunca cada yarda se estiró tanto, nunca el trecho hasta la parada del autobús pudo ser tan interminable, tan inalcanzable para i ella...

Simultáneamente, paralelos a los suyos, captó ya el inconfundible rumor de unos pasos. Pasos rápidos, ligeros, casi burlones. Eran más veloces que los suyos, odian ganarle la carrera en cualquier momento. Pero se conformaban con seguir a su mismo nivel, como un eco de sus propias pisadas.

Todavía con el temor de que un posible mirón, un voyeur repulsivo pudiera estar vigilando suciamente sus piernas, su figura, su trasero o sus senos, recreándose en la contemplación obscenamente, Kate corrió más que nunca, empezando a jadear, sin importarle ya la lluvia que sentía batir contra su rostro demudado, empapando sus cabellos sueltos, su suéter liviano, su falda plegada.

Lo peor fue cuando captó las pisadas veloces tras ella. Giró la cabeza, asustada. Dilató los ojos, por encima de su hombro, al distinguir la furtiva figura delgada, de deshilachados blue-jeans, que corría tras ella a través de la vegetación.

No cesaban tampoco las pisadas paralelas. Lo cual quería decir que, cuando menos, eran dos los perseguidores. Eso le atemorizó más aún. Podía ser algo peor que unos simples mirones tratando de molestarla. Algo mucho peor.

Y aquella maldita parada del autobús estaba aún tan lejana para sus afanes...

Pasó un automóvil velozmente. Le hizo gestos desesperados para que se detuviese, pero el automovilista siguió adelante, sin detenerse, aunque sin duda la vio. Imaginó lo que sucedía. Últimamente, en la localidad, había habido autoestopistas que se aprovecharon de la buena fe de los automovilistas, atacándoles luego y robándoles cuanto llevaban. Era aquél un lugar muy "poco frecuentado en el condado. Nadie se detendría, ni siquiera

ante una chica joven y bonita como era Kate Mac Gregor.

—Dios mío, Dios mío, no... —gimió, exasperada—. Tiene que haber algún medio de eludir a esa gente...

Ellos ya no disimulaban. Incluso vislumbró borrosamente una de las siluetas, allá tras los cañaverales, aunque no pudo identificarla con exactitud. Miró atrás. El segundo perseguidor caminaba rápido, a largas zancadas, con la cabeza inclinada. Pero estuvo segura de conocer aquel pelo, aquella chaqueta tejana, de dril azul, con botones metálicos...

Sin embargo, había cosas más apremiantes que tratar de identificar a sus perseguidores. Una sobre todas, fundamental y urgente: ¡huir!

Sí, pero ¿cómo?

Intentó alargar más su zancada, pero sus piernas no estaban hechas para tales esfuerzos. Notó un tirón muscular, perdió el equilibrio, y cayó.

Con tan mala fortuna que fue a dar contra el cañaveral, éste se abrió, y cayó a una angosta zanja, donde se quedó encogida, contemplando la llegada de los dos jadeantes perseguidores. Antes incluso de que hubiera intentado levantarse, seguir de alguna forma la carrera, ya estaban ellos allí.

Parados ante ella. Erguidos, mirándola. No le gustó su mirada. Y les reconoció, además. En los sitios pequeños, todo el mundo se conoce, después de todo. Pero eso no le hizo sentirse mejor ni disminuyó su terror.

—¿Qué... qué pretendéis...? —jadeó, con ojos muy abiertos—. ¿Qué significa esto?

Ellos no dijeron nada. No respondieron. Se limitaron a reír entre dientes, a mirarla de un modo raro, y cambiar luego una mirada entre sí, sin dejar de avanzar, paso a paso.

Estaba oscureciendo con rapidez. Con demasiada rapidez. El pánico de la muchacha crecía por momentos. Las piernas delgadas, vestidas con tejanos, se movían sin prisas sobre la hojarasca seca y los ramajes, que crujían bajo las botas de uno y las zapatillas de deporte del otro.

Repentinamente, uno de ellos hurgó en su chaqueta. Extrajo algo que provocó un intenso escalofrío en la joven Kate. Lo desplegó con un seco chasquido. La claridad grisácea y triste del atardecer, puso destellos fríos en la rectangular hoja de acero.

Kate lanzó un ronco grito de horror, y palideció intensamente, reptando por el suelo, intentando salir de la zanja de alguna forma.

Era una navaja de afeitar.

—¿Estáis locos? —gimió—. ¿Por qué hacéis todo esto? i No puedo moverme, necesito que me ayudéis! ¡Mi tobillo... creo que me lo he torcido! Tal vez haya una fractura...

Ellos volvieron a reír. El tipo de la navaja movió ésta en el aire, como si fuera una hoz en plena siega, malévola su expresión, como ensartándose en el terror creciente de la muchacha.

Era tan sumamente afilada, que tocó de refilón un arbusto, y lo segó limpiamente. Kate tembló. Su laida aparecía desgarrada hasta el muslo. El

color rosado de su braguita asomaba debajo, sobre la suave carne juvenil, levemente bronceada. La mirada del otro se clavó en ese punto, y el miedo de la joven creció de grado. Era la suya una ojeada maligna, sucia, de inconfesables sentimientos. Se encogió Kate, notando contra si la lluvia incesante. Esta mojaba sus ropas. Ello permitía que los pechos, sin corpiño, se dibujaran nítidos bajo la tela. Era como estar desnuda. Y aunque no hubiera sido así, aquellos dos la desnudaban con su mirada.

—Eh, mira —dijo el uno al otro—. Es una chica más atractiva de lo que parece, ¿verdad?

—Seguro —rió el otro, enarbolando su navaja con morbosa complacencia. La siguió las curvas con la mirada, que resbalaba perversa sobre aquellas formas de mujer joven e indefensa—. Una preciosidad. Vamos a contemplarla mejor. Hoy el autobús trae retraso. No hay prisa...

Kate les contempló despavorida, mientras los dos jóvenes se acercaban más y más a ella. El fulgor de la navaja parecía fascinarla. Su dueño llegó hasta ella antes que su compinche. Kate cerró sus ojos, estremecida, cuando él se agachó, y adelantó la mano nervuda, esgrimiendo el instrumento cortante hacia su cuello.

De un momento a otro, sentiría el tajo segándole la garganta, y todo habría terminado en un mar de sangre, era evidente. Rogó a Dios que todo fuese lo más rápido posible.

Notó el roce del metal helado, húmedo de lluvia, contra su piel, bajo el mentón. Tembló, pero no abrió los ojos. Un leve impulso a aquella hoja, y sería el final.

Pero no ocurrió eso.

En vez de ello, notó una mano brutal que rasgaba su blusa. Otras manos se abatieron inmediatamente sobre sus pechos desnudos. Luego, la mano que la desnudara, la acarició, procazmente. Jadeos sensuales, repulsivos, hirieron su rostro, muy próximos, soltándole el aliento con hedor a whisky y a ginebra.

Sintió asco, náusea invencible. Gritó, quiso cerrar sus piernas, pero la navaja presionó su cuello. Casi le cortó la piel. La voz de uno jadeó junto a su oído:

—No resistas, preciosa. Un solo movimiento, y te degüello, ¿en tena ido?

El instinto de conservación pudo a todo lo demás. No resistió. Sencillamente, se encogió, pero sin impedir que aquellas manos la estrujasen, haciéndole daño. Toda ella ardía, bajo caricias brutales y mordiscos feroces.

Sollozó, insultó a uno de ellos con una palabra obscena que le brotó del alma, tal era su rabia impotente en esos momentos.

La respuesta fue un tremendo bofetón que se estrelló contra su boca y nariz. Notó el salobre sabor de la sangre en la boca. Forcejeó, por impedir que aquel atropello se consumase, y recibió una lluvia de puñetazos y patadas en su rostro y en su vientre. Luego, cuando trató de cerrar el paso a los violadores, la navaja descendió y cortó uno de sus pechos superficialmente.

Chilló de dolor, antes de recibir en la boca otra patada que la hizo sangrar.

Notó que también le corría a sangre, de una cortadura junto al pezón izquierdo. Eran capaces de todo aquellos salvajes enfebrecidos por el deseo y espoleados por un sadismo que les hacía reír y jadear, disfrutando con las torturas infligidas a la aterrorizada muchacha.

Lo que siguió, hizo correr el llanto amargamente, desde los ojos de la joven, en tanto la navaja se apoyaba malévola en sus senos, siempre amenazándola con una mutilación feroz.

Los dos, uno tras otro, ensañándose en causarla el mayor dolor posible, cayeron sobre ella. El besuqueo, las caricias y las acciones ultrajantes, la hicieron sentir una repugnancia sin límites.

Cuando ellos terminaron, se notó llena de asco, de ira, de odio y de vergüenza, tendida allá en los cañaverales, amordazada por una mano ruda y brutal, oyendo pasar el autobús, sin posibilidad siquiera de llamar en demanda de auxilio, de alcanzarlo, de llegar a su casa como cada día.

Estalló en sollozos, aplastándose contra la tierra, humillada y rota. Entonces ovó las pisadas junto a ella, e incluso uno de sus violadores, complacido, empezó a silbar una canción que ella conocía. Una melodía de Bob Dylan, A las puertas del cielo.

El otro, en cambio, hizo algo mucho más siniestro. Habló con voz ronca, apoyando de nuevo la navaja afiladísima sobre el cuello de la muchacha:

—Bueno, y ahora... ¿qué? —preguntó roncamente.

El que silbaba, se interrumpió. Su respuesta fue indiferente:

—Eso, tú mismo. Acaba de una vez, si lo prefieres.

—Hay que hacerlo. Ella nos conoce. Nos denunciaría apenas llegase a la población.

—Es posible. Ya te dije que hagas lo que quieras.

—Escucha, no soy yo sólo quien lo hace. Los dos disfrutamos igual, ¿no es cierto? —sonó amenazadora la voz del dueño de la navaja.

—Claro. Estoy contigo. ¿Es bastante?

—Sí, es bastante. Lo hacemos los das, ¿de acuerdo? Yo empezaré. Pero tú has de usar la navaja también.

—Lo haré, lo haré —aseguró el otro, apático—. Vamos, ¿cuándo vas a empezar ya, maldita sea?

—Ahora. «Deja que me decida. Esto no es como asaltar a una chica. Hacen falta agallas.

—¿Desde luego. Si no las tienes, yo cortaré primero.

El horror era tanto, que Kate había perdido incluso la capacidad de hablar, de reaccionar, de intentar algo por huir de aquella amenaza espantosa.

Iban a matarla. A silenciarla para siempre. A golpes de navaja de afeitar. Aquellos dos locos, ebrios de sexo y de sangre, se disponían a asesinarla allí mismo, con la mayor sangre fría, como quien mata a un pajarillo o a un conejo.

Logró aunar algunas fuerzas escasas y dispersas dentro de su abatido ser. Las suficientes para gemir patéticamente, agitándose en el cañaveral:

—¡No, no, por el amor de Dios! No me hagan daño... No me maten... Yo no diré nada a nadie... ¡Nada! Lo juro, tienen que creerme. ¡Lo juro!

—Mujeres... —dijo despectivamente la voz del tipo de la navaja—. Siempre gimoteando e implorando. No. seguro que no me faltará el valor. Voy a darle el primer tajo. Luego, tú le darás otro. Y así hasta terminar...

—¡Nooo! —chilló, angustiada, la muchacha.

Pero supo que todo era inútil. Sintió la fría hoja de acero contra su cuello. Luego, la presión de esa hoja aumentó...

Había oscurecido ya totalmente. Los pájaros ocultos en la espesura se agitaron, inquietos, levantando el vuelo en plena lluvia, cuando un grito inhumano, desgarrador, el grito de una mujer en la agonía rasgó la oscuridad, allá junto a la desierta carretera.

CAPITULO II

El sheriff Travers apoyó su recia humanidad en un árbol. Contempló sombríamente el bulto envuelto en las sábanas, que subían al coche ranger del servicio sanitario del condado.

Meneó la cabeza con desaliento, y cuando la ambulancia se alejó hacia la carretera, llevando el cadáver en su interior, echó a andar pesadamente, haciendo crujir los ramajes mojados por la lluvia, bajo sus recias botas.

—Es repugnante —dijo por fin—. Odioso...

Sus hombres le miraron en silencio, mientras seguían examinando el lugar minuciosamente. El hombre de edad mediana y cabellos grises bien peinados, se incorporó, cerrando su maletín y abotonándose su impermeable con gesto ceñudo.

—Creo que no tengo mucho más que hacer aquí, sheriff —dijo con voz ronca—. Si quiere luego el informe de la autopsia...

—Sí, por favor, doctor Parrish —asintió el sheriff—. Supongo que no habrá nada nuevo, pero prefiero un informe completo sobre esa pobre chica.

—Lo tendrá —meneó pensativo la cabeza, vendo hacia su automóvil—. De todos modos, ya sabe lo más importante: fue salvajemente violada, golpeada y torturada. Luego, le dieron muerte a cuchilladas. Pobre Kate Mac Gregor.

—Sí, pobre muchacha —suspiró el hombre de la ley, con gesto sombrío—. Alguien tiene que pagar por esto, maldito sea...

—Debieron ser más de uno, sheriff —dijo bruscamente uno de los comisarios, acercándose.

—¿Más de uno? —gruñó Travers, volviéndose vivamente.

—Sí. Hay dos clases de huellas: botas y zapatillas de deporte, aparte las huellas de la propia chica.

—Tal vez eso explique algo, sheriff —habló el médico, desde el estribo de su automóvil—. Me pareció que las cuchilladas tenían dos direcciones diferentes. Una serie de golpes con el arma, fueron dados con la mano zurda, no con la derecha...

—Zurdo. Uno de ellos es zurdo... —arrugó el ceño el policía—. Bueno, ya es algo, aunque no mucho. Hoy en día, nuestro país está lleno de gente zurda o ambidextra.

—Lo sé. Pero quizá en alguna ocasión puede servirle de algo ese dato... —el doctor Parrish se encogió de hombros, entrando en el coche y alejándose del lugar del crimen.

Ned Travers se quedó pensativo, apoyado en un árbol, viendo pasar los coches por la cercana carretera. Coches que tal vez pasaban también por allí la tarde anterior, pero que no pudieron evitar que unos asesinos despiadados cometieran su execrable crimen.

Se abotonó el chaquetón y hundió las manos en los bolsillos, estremecido

repentinamente por un soplo de aire húmedo y frió. La mañana era desapacible, el cielo continuaba nuboso, y la lluvia de la noche anterior, aunque escasa, había dejado el terreno blando y pesado. Había algunos charcos. Pero las huellas de los asesinos no llegaron a borrarse totalmente, tal vez porque la misma humedad ambiente había dejado la tierra convertida en un perfecto molde para quien la pisara.

De todos modos, aquellas botas y aquellas zapatillas de deporte, poco podrían aclararle. Las había a centenales en la población y en todo el condado. Tal vez algún detalle en la suela, y aun eso suponiendo que los culpables, tras su fechoría, no se deshicieran rápidamente de ambas prendas, arrojándolas a cualquier sitio y cambiándolas por otras nuevas. La gente veía demasiado cine y televisión para dejar cabos sueltos de ese tipo.

Paseó en torno al punto exacto donde cayera la joven. Examinó a sus ayudantes. Uno hacia moldes en escayola con las huellas de la pareja. El otro, buscaba indicios y tomaba fotografías de los detalles que se le presentaban más dignos de interés, usando el potente teleobjetivo cuando la ocasión lo requería.

Buena gente aquellos jóvenes ayudantes suyos, Woolf y Robbins. Todo lo que pudiera faltarles en estudios especiales y en técnica policial, lo suplían con su entusiasmo y su afición. El uno, amaba la fotografía. El otro, la artesanía y la mecánica. Además de eso, les gustaba sentirse ayudantes de la ley, saberse agentes de la autoridad local. Algo de lo que, ciertamente, nunca habían abusado, ni siquiera cuando los demás se lo ponían difícil de verdad.

—Cuando terminéis, reuníos conmigo en el pueblo —dijo bruscamente Travers, echando a andar hacia su «Land Rover»—. Tengo cosas que hacer en la oficina.

—Sí, jefe —se apresuró a asentir Mike Robbins, preparando el objetivo de su cámara para fotografiar unes tallos rotos y una fracción de la pulsera de la infortunada víctima, desprendida de su brazo, posiblemente durante la lucha con sus agresores, y caída entre la hojarasca. Luego, tras la fotografía, la retiró con infinito cuidado, introduciéndola en un sobre de plástico que guardó con otros objetos—. No nos entretendremos ya mucho aquí. No queda gran cosa por examinar...

Travers lo sabía. Mientras conducía, de regreso a Cedarville, estaba pensando en lo sucedido. Agresiones como aquélla, abundaban actualmente en todas partes, ya fuesen grandes núcleos urbanos o despobladas zonas rurales. Era un mal endémico de la época: violaciones, asesinatos, sadismo criminal a mansalva. Así andaba la gente ahora. El mundo estaba lleno de chiflados, se dijo amargamente. Y pobres criaturas como Kate Mac Gregor, pagaban las consecuencias de ello.

Aquellos salvajes habían sido peor que bestias. No se conformaron con violarla y asesinarla después. Hubo ensañamiento, cobarde y vil, en su comportamiento con la víctima. Aparte los numerosos cortes de arma blanca que ofrecía su joven cuerpo sin vida, habían llegado a degollarla de un solo

tajo, pero no sin antes mutilarla de forma atroz. Sus pechos, cortados colgaban sobre el torso desnudo. Los muslos eran una criba de cortes profundos. La sangre envolvía en un rojo oscuro y seco el cuerpo de la infortunada muchacha, cuando fue hallada a primeras huías del amanecer por un automovilista que se había visto obligado a detenerse por una avería. Apenas puso pie en el arcén de la carretera, descubrió la forma humana desnuda, tendida entre los arbustos, y lleno de terror, detuvo a otro vehículo, decidiendo ambos automovilistas avisar al sheriff de condado sin pérdida de tiempo, desde el teléfono del cercano parador de carretera, el de Gus Jeffords.

En el camino habían hallado a Barry, el repartidor de periódicos, conduciendo su bicicleta junto a la calzada, y él les ayudó a localizar a Travers a esas horas, puesto que el sheriff no entraba habitualmente de servicio hasta las nueve de la mañana.

Así había comenzado para Ned Travers el feo asunto del asesinato de Kate Mac Gregor, en las proximidades de la parada de autobús que ella, habitualmente, tomaba para regresar al pueblo, tras su trabajo cotidiano en la factoría de la Western Company, a sólo milla y media de Cedarville.

Y ahora, ni siquiera sabía cómo iba a continuar. Sólo de una cosa estaba seguro: alguien, en la apacible comunidad, era un asesino. Y algo más. Ese alguien era también un enfermo mental, un psicópata que disfrutaba torturando y mutilando a su víctima. No podía ser de otro modo. No se explicaba una posible venganza en la persona de una muchacha como Kate, por parte de nadie. Pero aunque lo hubiera sido, el modo de llevarla a cabo significaría auténtica crueldad, un sadismo enfermizo y sanguinario.

Además, ese alguien era plural. Se trataba de dos personas. Dos hombres posiblemente jóvenes, al menos uno de ellos. Las zapatillas de deporte, en un hombre de determinada edad, hubieran resultado inadecuadas. El no sabía de nadie en Cedarville que, no siendo muy joven, usara tal clase de calzado. Las botas, por sus huellas, tampoco parecían normales en un hombre mayor de veinte o veintidós años. La forma del tacón marcado en la tierra blanda, denotaba la posibilidad de que fuesen de tipo tejano o similar. Botas vaqueras, era sinónimo de juventud. Los tiempos en el Oeste del país, ya no eran los de antes. Había mucha menos gente con botas de lo que se imaginaban en el Este.

Detuvo el sheriff su «Land Rover», interrumpiendo sus meditaciones al llegar ante el parador de Gus Jeffords. Contempló pensativo el rótulo sobre la puerta vidriera y el ventanal. Sólo un camión, una furgoneta y un turismo azul oscuro, permanecían aparcados ante el negocio. Más allá, tras una valla, descubrió la camioneta de Gus y el coche de segunda mano, pintarrajeado con motivos pop de pésimo gusto, de su hijo Neil.

Bajó del coche, cachazudo, llenando de tabaco su vieja pipa, y encendiéndola mientras cruzaba el aparcamiento hasta el local, donde entró haciendo campanillear la puerta. La señora Jeffords estaba sirviendo café y tarta de manzana a los escasos clientes. Le miró al entrar, y siguió su tarea sin

alterarse demasiado, a pesar de que sabía lo que estaba sucediendo en su vecindad. En el fondo, Travers se dio cuenta de que todos lo sabían. Las palabras inmediatas de la mujer, se lo confirmaron:

—Ha sido algo terrible, ¿verdad, sheriff?

—Verdaderamente terrible, sí —asintió Travers, sentándose en la barra, mientras todos le contemplaban curiosamente, dejando de leer o de tomar su consumición—. Deme un café y un sándwich de queso, por favor.

—Claro, sheriff. En seguida —se asomó a la ventanilla de la cocina y encargó—: Un emparedado de queso para el sheriff Travers, Gus.

—Vaya, ¿de modo que hoy trabaja Gus en la cocina? —Se extraño el hombre de la ley, dejando de mirar a la semidesnuda chica del calendario que colgaba entre las botellas del local—. ¿Qué le ha pasado a su hijo Jim para que no esté hoy?

—Oh, Jim... —la mujer se encogió de hombros, entregando la cuenta a uno de los clientes que acababa de terminar su consumición—. Ya sabe cómo son los chicos hoy en día. Anoche tuvo más trabajo del habitual, haciendo unos arreglos con su padre y cargando y descargando después en el almacén, y hoy estaba demasiado cansado. Como es sábado y quiere ir a la discoteca esta noche... pidió hacer el turno de la tarde.

—Sí, entiendo —el sheriff asintió, pensativo, y luego giró la cabeza al oír el tintineo de la máquina electrónica, cuando una bola alcanzaba la cifra inicial para ganar una partida. Contempló al muchacho alto, flaco y vestido con viejos jeans gastados, de sucios flecos sobre el calzado. Le saludó, algo brusco—: ¿Ya estás ahí jugando, Mitch?

El llamado Mitch se volvió bruscamente hacia él, como si le hubiera sobresaltado la voz de Travers. Su pelo rebelde barría su frente hasta las cejas, como en él era habitual. Era imberbe y tenía un rostro alargado y unos ojos grandes y claros. Había algo achulado y desafiante en él. Travers lo sabía muy bien. Mitch no era un muchacho recomendable de carácter. Muchas veces se había mostrado violento y agresivo.

—Sí, sheriff —dijo extrayendo otra bola que empezó a puntuar sobre el tablero de la máquina—. Es sábado y no tengo trabajo. Me gusta más jugar un rato que dormir.

—Ya —Travers miró a sus pies, bajo los flecos de sus jeans. Calzaba botas, pero de tacón bajo. No significaba nada, pero sentía repentino interés por el calzado de todos, especialmente de los jóvenes—. Bien, que tengas suerte.

—Oh, seguro que la tendré —rió el joven, alegre—. Ya voy por millón y medio... y espero sacar otro tanto. Esta es la segunda bola, sheriff.

—Su emparedado y su café —le dijo la señora Jeffords, poniéndolo ante él. Luego, hizo una pregunta tratando de ocultar su interés con poco éxito—: ¿Es cierto que se sospecha que fueron varios los asesinos de la pobre Kate?

—Cuando menos, fueron dos —asintió el representante de la ley, dando vueltas al café tras poner un poco de azúcar en él—. Dos malditos salvajes,

indignos de pertenecer al mundo civilizado. ¡Dios, si les echo la mano encima...!

—¿Tan horrible ha sido? —se notó un temblor en la voz de la mujer.

—Vale más que sepa los detalles por el periódico. Si se los contase ahora, iba a estropear la digestión a todos sus clientes. Pero no es una lectura muy aconsejable, especialmente para una mujer.

—Lo imagino —se estremeció la señora Jeffords—. Si, lo imagino muy bien. A veces he leído cosas así, y me he horrorizado. Pero nunca eran cosas que sucedían aquí, cerca de una, ni la víctima era una persona conocida de todos, estimada por la mayoría... Dios mío, resulta espantoso imaginar que en Cedarville pueda ocurrir lo mismo que en Nueva York, Chicago o Los Angeles, ¿no le parece, sheriff?

—En todas partes la gente es igual o parecida, señora Jeffords —se encogió de hombros el representante de la ley—. Lo que ocurre es que en las pequeñas comunidades siempre pensamos que todos somos mejores, que la vida es diferente, que lo que sucede de malo por el mundo nada tiene que ver con nosotros. Y uno, un día, se da cuenta, brutalmente incluso, de que no es así. De que incluso un sitio como aquel en que vivimos, puede ocultar buenas y malas personas. E incluso algunas que sean pésimas, como las que hicieron esa canallada con la pobre Kate Mac Gregor.

—Kate Mac Gregor... —la voz de Mitch llegó desde la máquina del millón, mezclada vagamente con el ruido de la bola metálica impactando en los electrodos—. Esa chica... Era muy joven, ¿verdad, sheriff? Y muy bonita... Con un gran cuerpo, diría yo.

—Exacto, Mitch —se volvió a él de nuevo el sheriff Travers, ceñudo—. Pero no te lo hubiera seguido pareciendo si la hubieras visto hoy, tendida allí, junto a la carretera, con esos cortes de navaja, esas mutilaciones... El doctor Parrish cree que las heridas fueron causadas con una navaja barbera..

—Cielo santo —se oyó jadear a la señora Jeffords, que se apresuró a ir a la cocina con un pretexto confuso, quizá pan» no seguir escuchando todo aquello.

—Ya... —Mitch había terminado su partida. Sacudió la cabeza, la mirada perdida en el vacío—. Lástima. Me gustaba esa chica..,

—¿La conocías mucho, Mitch? —preguntó de repente el sheriff.

—¿Conocerla? Oh, no —se encogió de hombros el joven con aire displicente— Sólo la había visto a veces en la discoteca, en el paseo, en la biblioteca pública y cosas así. Me atraía su modo de andar, de mover las caderas, su... su cuerpo todo.

—Sí, es lógico. ¿La viste alguna vez con algún chico en particular? No me refiero a acompañantes esporádicos, sino alguno que la acompañara más frecuentemente, con alguna insistencia...

—No, no caigo en nadie concreto, sheriff. Bueno, espere... Sí, ahora recuerdo a alguien...

—¿A quién?

—Un pez gordo de Cedarville... Ese presuntuoso muchacho que se cree el más guapo y arrogante de todos: Neville Kebee.

—¡Kebee! —pestañeó el sheriff, sorprendido—. ¿El hijo del alcalde?

—Eso es —asintió Mitch, balanceándose sobre las puntas de las botas—. El idiota de Neville Kebee. Le vi salir un día del cine con ella. Y en otra ocasión, bailaban juntos en la discoteca... Kate parecía fascinada con la posibilidad de pescar a tan importante novio. Pero creo que, en el fondo, ese tipo se divertía con ella y era lo único que buscaba. Nada serio, vamos.

—Bueno, hablaré con Kebee en el pueblo —anotó algo Travers en su agenda, y miró luego a Mitch con gesto ceñudo—. Supongo que no podrías contarme nada de ningún otro...

—No, nada... —Mitch hizo un gesto burlón— ¿Qué pasa, sheriff? ¿Es que sospecha que el joven Kebee pudo hacerle eso a la chica?

—No sospecho nada aún —cortó secamente el hombre de la ley—. Tan sólo hago las pesquisas rutinarias. Es todo.

Apuró su emparedado y el café, puso unas monedas sobre el mostrador, y se encaminó a la salida del parador, agitando su mano en dirección a la señora Jeffords. Gus, su marido, asomó por la ventanilla de la cocina.

—Hasta otro rato, Travers —saludó—. Y suerte en las pesquisas...

—Falla va a hacerme —dijo el sheriff, ya en la puerta—. Ya nos veremos, Gus. El emparedado estaba excelente. Dile a tu hijo que aprenda tu técnica.

—Ya lo intento, pero el muchacho no es muy devoto de la cocina —rió Gus—. En realidad, no le gusta este negocio ni este trabajo.

—A los muchachos de ahora, hay demasiadas cosas que no les gustan —dijo desabridamente Travers—. Veremos lo que son ellos capaces de hacer cuando llegue su momento, Gus.

Salió al exterior, y se sorprendió al encontrarse con un joven pascando por entre los coches aparcados, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de cuero. Le miró, pensativo, aproximándose a su «Land Rover».

—Creí que se te habían pegado las sábanas, Jim —dijo Travers—. Tu madre me dijo que trabajaste demasiado ayer.

—Es verdad —suspiró el joven rubio y delgado, que se había detenido, mirándole con expresión algo inquieta— Nos dimos una buena paliza con la tarea del almacén.

—¿Hasta muy tarde?

—Uf, al menos eran las doce de la noche cuando terminé. Y empezamos a eso de las siete...

—Sí, fue una tarea dura, no hay duda. ¿No tienes sueño ahora?

—No mucho. Me pone nervioso la cama. Tuve que levantarme y salir a dar un paseo. Pero luego hago el turno de tarde.

—Ya sé. Así, esta noche librarás para ir a la discoteca, ¿no?

—Eso es.

—¿Te gusta bailar?

—Mucho.

—¿También le gustaba bailar a Kate Mac Gregor?

—¿Kate? —el joven Jeffords parpadeó, sorprendido por la brusca pregunta, y pareció más inquieto que antes. Dio un paso atrás, y terminó meneando la cabeza de un lado a otro—. No sé. No la conocía mucho. Sólo de vista...

—¿Sabes lo que le ha ocurrido?

—Claro. No se habla de otra cosa. Lo he oído decir a los camioneros, a papá, a todos cuantos pasaban junto a la ventana de mi dormitorio... Algo espantoso, ¿no?

—Espantoso. Esa es la palabra. Mitch me ha ayudado algo, ¿sabes?

—¿Mitch? —el joven Jim Jeffords se humedeció los labios. Parecía algo nervioso—. ¿En qué pudo ayudarle ese gandul?

—Veo que no le aprecias demasiado —rió entre dientes Travers—. Jim, tal vez tú viste también a Kate en alguna ocasión con determinados chicos...

—Oh, con bastantes —resopló el joven—. Es... bueno, era muy atractiva.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿ninguno en particular? ¿Nadie que la acompañara con cierta insistencia?

—Pues... no sé. Nunca me fijo demasiado en los demás, cuando una chica vale la pena. Es a ella a la que miro, y sólo a ella, ¿comprende?

—Está claro como el agua. Aun así, Mitch se fijó. Y eso que parece haber tenido sólo ojos para el cuerpo de la chica, por lo que dijo. Pensé que tal vez tú podrías decirme también si algún chico determinado iba frecuentemente con ella, sobre todo en los últimos días...

—Lamento no poderle ayudar. La he visto en alguna ocasión con Kelly, el de la farmacia, con Morgan, el de la casa de fotografía... Y no recuerdo más.

—¿No recuerdas, por ejemplo... a Neville Kebee?

—¿Kebee? ¿El hijo del alcalde? —pareció muy asombrado—. Cielos, no. Nunca les vi juntos a Kate y a él. No hubieran sido... bueno, una... pareja adecuada. Ese chico va con muchachas de otro nivel social, ¿entiende? Chicas como Patricia Howard, por ejemplo.

—Está bien. Gracias de todos modos por la charla. Que te diviertas esta noche, bailando.

—Me temo que no mucho, tal como están las cosas. Los chicos y las chicas sólo hablarán de Kate... Eso no va a contribuir a alegrar la velada, seguro.

Travers asintió con la cabeza, subiendo a su «Land Rover». Se alejó del parador, preguntándose si Mitch le habría mentido en lo del hijo del alcalde, o si sería el hijo de Jeffords quien no recordaba, o quien había negado tal cosa intencionadamente.

—De todos modos, pronto saldré de dudas —se dijo Travers, conduciendo camino de Cedarville—. Tendré que hablar con el joven Kebee. Aunque, naturalmente, eso no significa que sean forzosamente unas personas amigas de Kate quienes la atacaron ayer...

CAPITULO III

Priscilla Kane levantó los ojos de las pruebas de la primera plana del Daily Clarion, contemplando con un gesto de desagrado las pruebas fotográficas que acababan de traer del laboratorio, dispuestas para insertar en la habitual edición vespertina del diario local.

—Es horrible —murmuró, apartándolas de modo instintivo—. Pobre chica...

—Debemos publicarlas, te guste o no, Priscilla —dijo su tío Jason, golpeando las copias con mano firme—. Son desagradables y crueles, pero así fue el crimen, y la gente debe concienciarse de ello, para que comprendan que también en un sitio como éste puede haber monstruos capaces de algo semejante.

—Estás apresurándote, tío —avisó Priscilla, pensativa, marcando tina serie de correcciones con lápiz rojo sobre las pruebas de primera plana—. Aún no sabemos si los presuntos culpables eran nativos o forasteros.

—El sheriff dijo que las huellas iban y venían entre el lugar del crimen y este pueblo. Lástima que el arroyo y la zona pedregosa diluyen las pistas en ambas direcciones, y no se sabe a qué lugar exacto de Cedarville se dirigieron tras cometer su horrible hecho.

—Sí, también yo creo que deben ser gente de aquí, tío —habló la joven periodista, apartando de su rostro un rebelde mechón de sus cortos cabellos color cobre vivo, y fijando sus ojos pardos y vivaces en su tío, propietario y director del periódico, todo en una pieza—. Pero falta una evidencia completa para no cometer un error de apreciación, tío Jason.

—Claro, querida. Te entiendo bien. Pero este asumo no me gusta.

—¿A quién puede gustarle, tío? —se extrañó la joven, incorporándose y depositando las pruebas en el tubo de conducción a talleres.

—No me refería a eso. Es que me da una mala impresión. Tal vez alguien en nuestra apacible comunidad, no lo es tanto como imaginamos. Y a veces, sólo basta con que brote un estallido de violencia para que la cadena continúe.

—¿Temes... temes que algo como lo sucedido a Kate puede repetirse?

—Dios no lo quiera —suspiró Jason Kane—. Pero hay algo siniestro en ese crimen, al margen de su propia naturaleza. Algo que quisiera saber lo que es, Priscilla, pero que se me escapa constantemente cuando trato de aferrarlo... Si fuese un hecho aislado... Pero algo me dice que no, que existe algo más del simple hecho monstruoso que ahora estamos afrontando.

—Siempre eres muy enigmático, tío —suspiró la joven reportera del Clarion, encaminándose a los estantes de archivo, en busca de una serie de datos para componer la sencilla y breve biografía de la infortunada muchacha, que pensaba incluir en la columna de «Ultima Hora», junto con los datos más recientes que pudiera obtener de la oficina del sheriff—. Pero hasta ahora bates tu propio récord con esas observaciones tan misteriosas. Me gustaría

saber lo que quieres decir.

—A mí también —el hombre todavía joven, vigoroso, pese a sus prematuros cabellos encanecidos, caminó hasta la amplia vidriera de la redacción del Daily Clarion, con sus grandes letras doradas en estilo gótico, asomada a la calle principal de Cedarville, la ancha y arbolada Grant Street. Señaló al exterior, a los transeúntes de las aceras, a los coches que cruzaban con su marcha lenta obligada, unos hacia el parque, otros hacia la colina—. Mira, Priscilla: son los de cada día. Personas a quienes estamos acostumbrados a ver, en su gran mayoría. Conocidos, vecinos, amigos o conciudadanos que parecen tan normales y pacíficos como tú y yo. Sin embargo, si no hay un par de forasteros locos deambulando por aquí, es que un par de esas personas que vemos pasar ante nosotros no son lo que parecen. Que son, sin duda, dos degenerados, dos monstruos, dos salvajes capaces de las mayores atrocidades, si es que solamente son dos, y no uno de esos grupos en los que sólo uno o dos de ellos tienen las agallas suficientes para hacer lo más sucio, mientras los demás presencian la escena.

—Es una posibilidad espantosa —admitió Priscilla, mirando a los que, fugazmente, transitaban al otro lado de las vidrieras, calle arriba y abajo—. Pero real, tío. Existen recovecos insondables en la mente humana. A veces nos enfrentamos a simples delincuentes. Otras, a pobres locos. Lo peor es cuando se funden ambas cosas en una sola, difícil de definir incluso por criminalistas o psiquiatras.

—De cualquier modo, no es tarea nuestra estudiar el asunto, salvo como periodistas y portavoces de la opinión pública —comentó su tío tristemente —. Lo demás es cosa del sheriff Travers, del doctor Parrish... o de un psiquiatra especializado, que puede venir de la ciudad.

—Un psiquiatra... —comentó Priscilla con repentina sorpresa—. Tío, tú a fin de cuentas fuiste médico de joven... y tenías un buen amigo y colega que se especializó en psiquiatría, ¿no es cierto?

—Oh, ¿te refieres a Coleman Young? —Jason Kane se echó a reír de buena gana—. Es hijo de un colega mío, en realidad. Su padre, Harry Young, fue compañero mío de estudios en la Universidad de California. Luego, su hijo se hizo también médico y se dedicó principalmente a la psiquiatría. Hoy en día, es el prestigioso doctor Coleman Young, en Los Angeles. Y muchas estrellas de cine cuentan en sus ficheros de clientela. ¿Por qué hablaste de él precisamente, Priscilla? Hace años que no veo a su padre ni a él. Exactamente los que llevo apartado de mi carrera, y dedicado por entero al periodismo.

—Fue una repentina idea, tía Jason —confesó la muchacha, pensativa—. Solamente una vez vi una fotografía de ese joven médico. Tú me la mostraste. Te la había enviado tu amigo Harry Young, orgulloso de su hijo por haber llegado a ser tan importante como para ser requerido por el tribunal, el abogado defensor y el jurado del famoso «caso Davenport»...

—Ahora lo recuerdo —asintió Jason Kane, arrugando el ceño.... Sí... El caso Davenport... Fue muy sensacionalista. Un hombre acusado de varios

asesinatos, un aparente psicópata para el que solicitaban la pena de muerte los acusadores, y a quien el defensor presentaba como un enfermo mental que necesitaba reclusión y no la cámara de gas.

—Y el hijo de tu amigo logró demostrar que tal psicosis era falsa, una trama bien urdida para salvarse el reo de la pena capital. Admitió que, como todo criminal, podía ser tachado de anormal, que poseía los cromosomas XYY, de criminalidad altamente potencial. Pero eso era todo. Lo demás era frío cálculo y astucia al servicio de su natural inclinación a la violencia. Incluso la psicosis la había sabido fingir a la perfección, hasta que él le desenmascaró —concluyó Priscilla con aire triunfal—. ¿No te sugiere eso algo, tío Jason?

—Pues la verdad..., no —admitió su tío, perplejo de verdad.

—Entonces, deja que siga el hilo de mis propias ideas, tío —rió suavemente la joven periodista—. Como redactora-jefe del periódico, y como editora responsable de sus páginas de sucesos, quiero asumir cierta responsabilidad en esto.

—No te entiendo, pero me das miedo, Priscilla —confesó Jason Kane, enarcando las canosas cejas, en su rostro joven aún, broncíneo y enérgico, de cuarentón de buen aspecto—. ¿Qué llevas entre manos?

—Ya te dije que es asunto mío —sonrió maliciosamente la joven—. Pero podrás enterarte por la sección de «Ultima Hora» de nuestro ejemplar de hoy. Si no estás de acuerdo con mi idea, puedes incluso despedirme... Acepto toda la responsabilidad al respecto. ¿De acuerdo?

—No. En absoluto —refunfuñó Jason, cada vez más receloso. Miró a su sobrina y terminó por dibujar una mueca en su rostro preocupado—. Pero sé que sería imposible hacerte cambiar de idea, si algo se te ha metido entre ceja y ceja.

—Exacto. Sabes que cuanto más se oponen los demás a que haga algo, mas deseo hacerlo.

—Desgraciadamente, lo sé. Pero ¿qué pinta Coleman Young en todo esto?

—La respuesta, a las cinco de la tarde —rió suavemente ella, mirando su reloj—. Cuando el Daily Clarion esté en la calle a la venta, tío Jason...

* * *

Los ojos del joven se clavaron por segunda vez en la curiosa noticia, insertada en la página de sucesos del Los Angeles News. Leyó curiosamente el prefacio, antes de la reproducción de un fragmento de otro periódico de California:

> «Por su especial interés, reproducimos aquí la columna "Ultima Hora" del diario de Cedarville, en el condado de Estrella, firmada por la reportera local Priscilla Kane, sin afán de hacer publicidad alguna a un notable doctor de nuestra ciudad y si solamente servir a la curiosa actualidad.»

Seguía la reproducción fotográfica del citado artículo, encabezado por un significativo titular:

> «¿Podrá ayudarnos un joven y notable psiquiatra, en un horrible caso de violación y asesinato?
>
> »Aquí emplazamos al doctor Coleman Young, para que visite nuestra ciudad y trate de desciframos la personalidad de uno ó varios asesinos que han traído el terror al condado.»

La columna detallaba el crimen de Cedarville y terminaba pidiendo al joven psiquiatra, en nombre de «una vieja amistad», como decía sin especificar más, una ayuda médica que podía ser fundamental para identificar a los culpables.

Coleman Young, doctor en psiquiatría, sonrió inevitablemente al terminar la lectura. Sacudió la cabeza, dejando vagar su mirada por la amplia panorámica de Beverly Hills, allá frente a su residencia habitual.

—Esta muchacha, Priscilla Kane... debe ser la sobrina de Jason Kane, el viejo amigo de papá... ¿Qué mosca le habrá picado para pedir mi ayuda, cuando ni siquiera han logrado encontrar aún a los responsables del hecho?

Miró la fecha de la columna reproducida. Era de dos fechas atrás. Por tanto, hacía ya tres días, cuando menos, que la joven Kate Mac Gregor había sido asesinada. Tal vez a estas horas tuvieran ya al culpable o culpables a buen recaudo, y todo se limitara a la enajenación momentánea de un reprimido o de un obseso sexual, como solía ser lo más habitual en tales casos.

Trató de olvidar el asunto, pero no le fue posible. Finalmente, tomó el teléfono y pidió línea con una empresa de telegramas por teléfono. Dictó uno escueto, y dio su nombre y número para que le fuese cargado en cuenta. Luego colgó pensando que, en cierto modo, no habría defraudado a la autora de tan singular demanda.

Una enfermera apareció en la puerta de su despacho, cuando había vuelto a releer el periódico, tratando de imaginarse los hechos en su exacta dimensión.

—Doctor Young, la señorita Barnes espera. Tiene hora solicitada.

—Oh, sí —dejó a un lado el diario y se puso en pie—. Que espere un momento. La recibiré en seguida.

La enfermera asintió, saliendo del despacho. El hecho de que Marjorie Barnes, una de las más bellas y famosas actrices de Hollywood, acudiera a su consulta no pareció impresionar demasiado al doctor Young. El alto, joven y prestigioso médico estaba habituado a tal clientela desde que se estableció en Los Angeles.

El mayor número de pacientes de su consulta pro cedían por cierto del campo cinematográfico, donde los traumas y complejos eran algo así como un gaje del oficio de actuar ante las cámaras.

Lo que ahora le preocupaba, pese a que quena restar mentalmente

importancia al incidente, era aquella petición de ayuda por parte de la sobrina de un viejo amigo de la familia.

Algo en su interior le parecía advertir sobre la auténtica trascendencia de lo que, a simple vista, pudiera parecer el simple capricho o el afán sensacionalista de una repórter de provincias.

Su telegrama, sin embargo, ya estaba en camino. Tal vez sirviera para tranquilizar en cierto modo a Priscilla Kane, quien parecía temer, a juzgar por su eró nica, una proliferación inmediata de sucesos sangrientos en el condado de Estrella.

* * *

> «Tal vez mi ayuda sea innecesaria a estas horas. Pero sea como sea, me ofrezco a disposición suya, del diario y de esa comunidad. Temo no servir de tanto como espera de mí, pero si me considera necesario, ahí estaré en mis próximas vacaciones. Y, casualmente, éstas puedo comenzarlas en cualquier momento. De usted depende. Saludos a su tío Jason Kane. Afectuosamente,
>
> Doctor Coleman Young.»

Priscilla Kane se incorporó con ojos brillantes cuando el telegrama llegó a sus manos, solamente unas pocas horas después de haber sido expedido desde Los Angeles. Era más de lo que había esperado.

—Lo presentía... Sabía que ese joven iba a responder a mi mensaje. El también ha debido presentir algo.... temer lo que yo temo. Casi lo intuyo en este texto...

La puerta de la redacción se abrió bruscamente. Priscilla giró la cabeza. Se quedó un poco encogida al ver encuadrada en el umbral de la entrada la sólida y maciza figura de Ned Travers, el sheriff del condado de Estrella.

—Hola, Priscilla —saludó algo secamente el hombre de la ley, apoyadas sus fuertes y nervudas manos en el ancho cinturón del que pendía su revólver reglamentario.

—Oh, qué grata sorpresa, sheriff Travers —respondió ella cordialmente, quizá más de lo habitual en ella—. ¿Alguna noticia para nuestro periódico?

—Eso usted debe saberlo —se mostró seco el tono del sheriff—. Hailey, el telegrafista, me ha informado de que ha llegado a sus manos un telegrama muy interesante.

—Creí que en este país; el correo y el telégrafo eran Inviolables —fue la fría réplica de Priscilla.

—Oficial y legal mente, lo son —rió entre dientes Travers, entrando en la redacción—. Pero debe comprender que uno siempre se entera de ciertas cosas. Sobre todo, cuando afectan a mi jurisdicción. ¿Quiere decirme por qué pide ayuda a un psiquiatra, cuando todavía no sabemos siquiera quién o quiénes fueron los culpables del crimen?

—Eso es asunto mío. Y del periódico.

—Su tío me habló de eso el otro día, en el bar. Está disgustado con su comportamiento, Priscilla.

—Ya lo sé. Discutimos sobre ello cuando publiqué la noticia. El cree que busqué un sensacionalismo ridículo, o que quise restarle autoridad a usted. Y nada de eso es cierto, aunque mi tío se haya enfadado con mi idea.

—Pues yo opino parecido a él, y lo siento —gruñó Travers.

Contempló las pruebas de la página de espectáculos, donde entre noticias cinematográficas y de televisión, figuraba la cartelera de cinematógrafos locales y el debut, aquella noche, en el teatro Variety, de una famosa cantante de música moderna californiana, Stella Armfield, con su conjunto rock. Mientras examinaba las fotografías de la rubia y bella cantante. Travers prosiguió:

—Detesto a los psiquiatras. No creo en ellos. Y, ciertamente, no consentiría que uno se metiera a detective aficionado... eso seguro.

—Nadie habló de suplantar sus funciones, sheriff. Sólo me interesa el aspecto psicológico y clínico de los responsables. El periódico tiene derecho a estudiar ese aspecto de la cuestión. Al margen de las diligencias policiales.

—Yo no he pedido a ningún psiquiatra. No tendría sentido especular sobre unos fantasmas. No sabemos nada sobre la identidad de los criminales, de modo que ¿a quién va a examinar su brillante médico de los Angeles?

—Posiblemente a nadie, mientras usted no tenga uno o más prisioneros realmente culpables —admitió Priscilla Kane—. Pero a mi periódico y a mí nos interesa la opinión técnica de un experto en torno a las características de este suceso. Usted, en buena lógica, no puede prohibirme que reclame la ayuda de un médico psiquiatra para ello.

—Legalmente, está claro que no puedo hacerlo. Pero escuche esto: no toleraré injerencias en mi tarea. Ni veo con agrado esa decisión suya.

—Lo siento, sheriff. Estudiare esta noche el asunto. Si decido que él venga aquí a trabajar con el periódico en el caso Mac Gregor, mañana llamaré al doctor Young. SI no, nada de esto seguirá adelante. Esta noche debo meditarlo, sheriff. Me gustaría que no se disgustara conmigo por ello, pero me temo que no pueda evitarlo, si considera usted que estoy enfrentándome a la ley en alguna forma.

—No es un enfrentamiento, ni siquiera un obstáculo... por ahora... —avisó secamente Travers, encaminándose do nuevo a la salida—. Pero tenga algo en cuenta, Priscilla: no toleraré que traten de desorbitar las cosas ni de complicarme la vida usted y el brillante psiquiatra de las histéricas del cine de Hollywood.

—Lo tendremos muy en cuenta, esté seguro —fue la suave respuesta de la joven, no exenta de una sutil malicia. Luego, cuando ya Travers iba a pisar la acera, tras abrir la puerta vidriera de la redacción, añadió ingenuamente—: ¿Hay algo nuevo sobre el caso, sheriff? Es para la información de mi columna de última hora...

—Desgraciadamente, nada —fue seco Travers, y no trató de disimularlo

—. Todo sigue igual.

—Lo siento. Quería hoy devolver a los ciudadanos la confianza en sus autoridades —fue el irónico comentario de la joven—. Algo que sólo puede producirse Con noticias positivas...

—Me gustaría tenerlas, con más motivo que nadie. Pero no hay nada nuevo.

—Se rumoreó que iba a arrestar usted al hijo del alcalde Kebee...

—¡Cielos, qué locura! La gente no sabe lo que dice. El joven Kebee sólo cometió un delito aparentemente: acompañar en tres o cuatro ocasiones a aquella jovencita. Por esa razón no se puede arrestar a nadie.

—¿Tiene acaso coartada para el viernes por la tarde?

—Nadie la tiene, en realidad. No se puede tampoco acusar a una persona por falta de coartada. Era una hora crucial, aquella en que muchos salen del trabajo o de sus estudios. Están aquí, allá, pero nadie les ve o no se fija en ellos. Y claro, no hay forma de confirmar sus declaraciones. Es el mismo caso de Budd Kelly, el joven farmacéutico, o de Neil Morgan, el hijo del fotógrafo. Y podríamos decir que el de un noventa por ciento de los jóvenes de Cedarville, incluido Mitch Jones.

—Mitch Jones... —repitió Priscilla, pensativa—. Vaya. El perfecto chulillo de la ciudad... No goza de muchas simpatías en ninguna parte. Parece capaz de todo, a juicio de algunos.

—Si hiciera caso al pueblo, tendría más de cincuenta sospechosos encarcelados —suspiró Travers, encogiéndose de hombros—. Y la cárcel local no da para tanto.

—¿Se halló el arma del crimen? —insistió Priscilla.

—Aún no. Ni creo que se halle fácilmente. Mis hombres han batido la zona del crimen varias veces, con resultado negativo. Los asesinos debieron llevarla consigo, es evidente.

—Hoy en día, una navaja barbera es un instrumento poco corriente. Con las maquinillas, las afeitadoras eléctricas y todo lo demás... ¿Por qué no usaron una navaja automática, pongo por caso?

—Tal vez les guste ensañarse mejor con una barbera. No podemos saber cómo piensan esos monstruos. Ni creo que su admirado médico de Los Angeles pudiera saberlo, a menos que les tuviéramos ya en condiciones de ser examinados.

—¿Se le ha ocurrido visitar las barberías locales? —Preguntó de repente Priscilla—. Hay sólo dos en la población. Una pertenece a Kelly, el padre del joven farmacéutico, precisamente. Y la otra...

—La otra a Monty Sheldon, uno de los mozos más guapos del lugar, a juicio de las damas locales, según me han dicho repetidamente —asintió Travers, ceñudo—. Sí, mi querida amiga. He visitado ambas barberías. Es lo primero que se me ocurrió. Y puedo decirle que nadie ha echado en falta navaja alguna, ni he hallado rastro de sangre del grupo de Kate Mac Gregor al examinar las que tienen. Tampoco parecían haber sido limpiadas de tanta

sangre como tuvo que producir el asesinato. ¿Responde eso a su pregunta?

—Sí —suspiró Priscilla—. Creo que ya sé cómo titular mi crónica de hoy: «¿Dónde sospecharía usted, lector, que puede estar la navaja del crimen en este momento?»

—Siga con sus adivinanzas y sus experimentos psicológicos. Priscilla —resopló el sheriff, alejándose—. Si al menos ello nos ayuda a encontrar algo...

Y, evidentemente, la duda más clara asomaba a su tono cuando lo dijo.

CAPITULO IV

Stella Armfield salió del bungalow que le servía de alojamiento en Cedarville, durante su estancia en la ciudad californiana para actuar en el show del teatro Variety local.

Era una muchacha joven y singularmente atractiva. Estaba comenzando, además, a hacerse famosa en el mundo del espectáculo. Su peculiar estilo de cantar, mezcla de rock y folk, acompañándose ella misma a la guitarra, o actuando con el conjunto The Puppets, había obtenido rápido éxito en todas partes. Una firma discográfica de Los Angeles le había prometido, incluso, una oportunidad, grabando un single con dos de sus mejores creaciones. Esa posibilidad había despertado en la joven cantante una autentica ilusión. Cedarville era uno de los últimos lugares contratados donde actuaría antes de someterse a tan decisiva prueba.

Iba pensando en todo ello cuando abandonó su pequeño y confortable bungalow del Centro Residencial Kebee, propiedad naturalmente de la Inmobiliaria Kebee, empresa propiedad, como tantas otras, del alcalde local, Rush Kebee. La noche había caído poco antes, el aire era fresco y húmedo, pero no hacía frío.

En vez de esperar a sus compañeros y tomar la furgoneta en que viajaban, para trasladarse al centro urbano, resolvió que aquella media milla escasa de recorrido entre setos, árboles y jardines, desde el Centro Residencial a las afueras de Cedarville, era un paseo agradable y reconfortante, por lo que renunció a aguardar a The Puppets y echó a andar ágilmente hacia las cercanas luces de la población.

Las estrellas asomaban de vez en cuando en un cielo casi totalmente cubierto de nubes, pero la oscuridad nunca era total. Todos los jardines circundantes de los bungalows, así como la carretera bordeada de árboles que iba hasta el pueblo, estaban salpicados de farolas de globo azulado, suficientes para sumir en una penumbra agradable la zona urbanizada.

Stella Armfield era una mujer deportiva, vigorosa, a pesar de su aspecto estilizado y de su enjuta figura, no exenta de bien formadas curvas. Había sido jugadora de béisbol antes de dedicarse a la canción, y una joven que ha practicado deporte siempre conserva su elasticidad de movimientos, su innata agilidad al moverse, al caminar o al efectuar cualquier otro ejercicio.

Su rostro moreno, atractivo, de grandes ojos oscuros, parecía más pálido a causa de sus cabellos, intensamente negros. Llevaba una camisa tejana descolorida, y unos pantalones de igual género, deshilachados sobre sus botas. Sus ropas de actuación, así como su guitarra, iban con el resto del equipaje, en la furgoneta.

El silbido llegó bruscamente a sus oídos. Escuchó, sin dejar de caminar. Sabía lo suficiente de música, especialmente la moderna, para identificar rápidamente la melodía entonada por el silbador invisible: A las puertas del

cielo, de Bob Dylan.

Miró en derredor. Ella estaba sola en la carretera. No vio a ningún otro peatón, ni tampoco automóviles. Aquella cinta de asfalto que unía el Centro Residencial Kebee con la población, debía ser frecuentada solamente durante el día.

Creyó localizar el silbido, allá a su derecha, tras los setos que delineaban la ruta de la urbanización. Alguien, tal vez, entonaba la melodía distraídamente, mientras hacia algo en la campiña. O simplemente mientras caminaba.

No le prestó mayor importancia. Después de todo, pensó, tampoco la tenía. Ella no se preocupaba nunca por los demás, como tampoco le gustaba que se preocupasen de ella.

Siguió su camino, por tanto, mientras el silbido continuaba en alguna parte, allá en la zona de sombras. Stella creyó notar que el silbador estaba más cerca. Tal vez era la brisa húmeda la que producía esa impresión, trayendo el sonido con más fuerza.

De súbito, se inquietó.

Giró la cabeza al lado opuesto de donde llegaba aquel sonido. Escuchó, parándose en seco. El silbido se repetía. La misma melodía. Pero más estridente. Silbada en el otro lado de la senda.

Era como una respuesta al primer silbador. Como un contacto entre ambos. Quizá un código musical. A Stella no le gustó, sin saber la razón. Tenía algo de siniestro.

Sin pensarlo más apresuró su paso. Sus largas piernas, habituadas al deporte y al ejercicio, aceleraron el ritmo con facilidad elástica. Creyó que pronto dejaría atrás los silbidos musicales. Estaba en un error.

Los silbadores continuaban a su misma altura. Parecían acelerar también. Los ojos oscuros de la cantante empezaron a mostrar inquietud, incluso miedo. Los clavó ante sí, en un punto de la ruta donde los setos y árboles hacían un claro a ambos lados, sin duda para comunicar el camino con el resto de la campiña en la colina suave donde se asentaba la urbanización moderna de Kebee. Sin poderlo evitar, Stella se estremeció y estuvo tentada de volver hacia atrás.

Por aquellas aberturas en los altos setos, podían aparecer ellos, los silbadores. Y aunque Stella Armfield acababa de llegar esa misma tarde a Cedarville y nada sabía de la población y de sus habitantes, la idea de que pudiera haber en la vecindad un par de chiflados peligrosos la asaltó inevitablemente.

Desgraciadamente para ella, Stella Armfield no había llegado a leer los periódicos últimamente. Nada sabía sobre el crimen de la carretera, en Cedarville.

Pronto iba a saberlo, pero ya demasiado tarde para escapar del cerco de la muerte, siniestramente tendido ya en torno de ella.

Siguió adelante, casi a la carrera, esperando que todo aquello quedara, simplemente, en temores injustificados. Lamentaba ahora no haber viajado

con The Puppets y en la furgoneta. Pero ya era tarde para lamentarse. Había elegido un apacible paseo bajo el ciclo estrellado y nuboso, y ahora ya no podía volverse atrás.

Llegó a la altura de ambos claros en los setos. Es tuvo a punto de pasar ante ellos, sin ver nada de particular que confirmase sus terrores.

Pero de repente, éstos se materializaron en algo concreto. Stella no pudo evitar un grito ronco, al ver a los dos hombres.

Eran jóvenes. Muy jóvenes los dos. Vestían como cualquier muchacho de su edad, como ella misma: camisa, tejanos... Uno lucía una chaqueta de cuero negro. Salieron a la carretera con rapidez, por ambos lados. Le cerraron el paso. Ambos sonreían, con una mueca extraña, inquietante.

—¿Quiénes sois? —preguntó ella—. ¿Qué hacéis aquí? Me habéis asustado...

—Oh, preciosa, no debiste asustarte. Eso no está bien —dijo uno, con soma.

—Claro que no —corroboró el otro—. A nosotros no nos gusta asustar a las chicas bonitas, ¿cierto, amigo?

—Cierto —confirmó el otro, con aquel tonillo raro y malévolo, sin dejar que sus ojos se apartaran del cuerpo esbelto de la muchacha, que recorrían impúdicamente, como si con la simple mirada pudiese desnudarla—. No queremos que te asustes. Queremos que seas feliz, que disfrutes, que nos tomes afecto, mucho afecto..., y nos lo demuestres...

Rió el segundo joven entre dientes, la estudió soezmente casi, y reanudó su silbido. Siempre igual: Bob Dylan, A las puertas del cielo...

No le gustó. No le gustó nada todo aquello. Mi los muchachos, ni su modo de hablar, ni sus miradas, ni aquel monocorde silbido que parecía una cantinela obsesiva e imitante.

Trató de seguir andando, mientras pronunciaba unas palabras, aparentando una serenidad y una calma que estaba muy lejos de sentir:

—Está bien. Venid conmigo al teatro. Actuaré para vosotros, amigos. Me gusta la amistad de la gente, me gusta trabajar para todos...

—¿Teatro? ¿Actuar?... —la miraron los dos, escépticos—. ¿Eres una artista, preciosa?

—Claro. ¿No lo sabíais? —caminó, dominando difícilmente su angustia, notando que también ellos caminaban a su lado, flanqueándola, como sin dejarla ir ni concederle la menor oportunidad para tal cosa—. Soy Stella Armfield, la cantante. Voy a grabar discos. Seré famosa, espero. Mi primer disco dedicado será para vosotros. ¿Está bien eso, muchachos?

Ellos se miraron entre sí, algo perplejos. De repente, uno soltó una agria carcajada. El otro, también coreó a su compañero.

Stella, notando un temblor sutil en su espina dorsal, miró a ambos. Le causó terror notar el brillo de sus ojos, la forma de reír que tenían... Y sobre todo, la forma en que uno de ellos introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero... ¡para extraer entre sus dedos una navaja de afeitar

cerrada!

Esta vez, el pánico fue ya imposible de disimular en la joven. Gritó débilmente y dio unos pasos atrás, de modo instintivo, tratando de eludir a aquella siniestra pareja de jóvenes.

El otro se apresuró a aterrarla por un brazo, que le dobló a la espalda, en tanto la retenía contra sí fuertemente, y su otra mano, de forma descarada y procaz, estrujaba su busto, hincándose en la camisa, que casi desgarró. Ella trató de forcejear para escapar. Gritó otra vez, en esta ocasión en tono más agudo, y el tipo de la chaqueta de cuero se apresuró a soltarle un bofetón terrible, que sacudió su cabeza e hizo asomar un hilo de sangre en la comisura de sus labios crispados.

—¡Grita otra vez, maldita puta, y te cortaré el cuello antes de tiempo! —rugió el de la chaqueta de cuero negro, procediendo a abrir la navaja con un escalofriante chasquido.

Stella contempló despavorida la cuadrangular hoja de acero centelleante, que se movía en los dedos del agresor como un simple destello de luz fugaz. A su espalda, su captor reía entre dientes, malignamente, sin dejar de sobar. Notó, incluso, que comenzaba a hacer deslizar sus jeans tejanos muslos abajo, entre forcejeos.

—¡Estáis locos! —Gimió la joven, ya en el paroxismo de su terror—. ¡Esto no puede saliros bien! ¡Soltadme, o terminaréis en la cámara de gas por vuestra infamia!

Ellos reían, reían siempre, como si su pánico y su angustia les causara un júbilo malsano. El de la navaja se inclinó sobre ella. Cortó de un tajo los botones y la tela de su camisa. Empuñaba la navaja con la zurda.

—Eres muy hermosa —dijo, brillantes sus ojos, entrecortada la respiración por el deseo—. Mucho... Pero no podrías ser nuestra si antes no sintiéramos la embriaguez de la sangre, preciosa... ¡Sangre tuya!

Y rápido, dio un corte superficial a su hombro. La sangre brotó del leve tajo, mientras la mano del otro impedía que el grito de dolor brotase de sus labios. Hilos escarlata gotearon hasta sus senos, y se deslizaron luego en dirección a su estómago y muslos. Los rostros de los jóvenes se crisparon de placer a la visión de aquella sangre sobre el cuerpo de la muchacha, va semidesnudo.

Cayeron sobre ella resueltamente, como si la presencia de la sangre hubiera espoleado sus instintos. La arrastraron a la oscuridad, tras los setos, despojándola de sus últimas prendas de ropa. Los gritos de ella fueron ahogados por besos y mordiscos brutales, las manos de los agresores hicieron presa en su víctima y el atropello salvaje, forzado, tuvo lugar inevitablemente en la oscuridad de la colina, mientras la navaja también actuaba sobre aquel cuerpo joven y hermoso, a ráfagas de sádica crueldad, salpicando así de violencia, dolor y sangre el ultraje doble a la infortunada cantante.

Después, nadie supo lo que pudo suceder tras aquellos setos, donde una mujer sangrante sollozaba, sumida en el dolor físico y moral, en la vergüenza,

la ira y el odio.

Pero lo cierto es que la madrugada trajo consigo el descubrimiento de un cuerpo de mujer, mutilado ferozmente a golpes de navaja barbera, no sin haberse rematado la feroz acción con la muerte por degollamiento de la víctima.

Fue lo primero que se supo sobre la desaparición de cantante, que jamás se presentó a su actuación anuncia.

Lo primero, y lo último. Stella Armfield había terminado su brillante carrera y su joven vida, a manos de unos sádicos asesinos.

—Nunca creí que pudiera sentir odio hacia alguien.

El sheriff Travers apretó con rabia sus puños y volvió a bajar la sábana sobre el rostro yerto del cadáver. Luego se volvió, mirando a los jóvenes músicos que acababan de identificar a su compañera en la morgue local.

Todos sabían hacia quién experimentaba Travers ese sentimiento. Nadie le preguntó nada. Los jóvenes del conjunto *The Puppets*, pálidos y sobrecogidos, se limitaron a mirarse entre sí, en el aséptico recinto destinado a depósito de cadáveres.

—Otra vez lo mismo... —silabeó el hombre de la ley, paseando irritado por la estancia de blancos muros y gélido ambiente—. La navaja, la mano zurda, la violación, las huellas de dos hombres...

La puerta de vidrio esmerilado se abrió silenciosamente. Los músicos y el empleado de la morgue miraron hacia ella. Una figura juvenil y atractiva se en marcó en la entrada. Pasó al interior sin hacer ruido, con paso breve y silencioso. Sus ojos se clavaron en el bulto blanco, en el cartelito colgado a los pies del cadáver, con los datos clínicos y de identificación. Apretó los labios.

—¿Quiere verla, señorita Kane? —preguntó el funcionario del depósito.

—Sí, por favor —rogó ella suavemente.

Travers la miró de soslayo. Se limitó a comentar escuetamente:

—Ya tiene noticia para su próxima edición, Priscilla. De primera plana. Esta vez se trata de alguien más conocido que la pobre Kate. Una chica casi famosa. Ya terminó su carrera la pobre muchacha. Y su vida...

—Lo sé. Era Stella Armfield Me informaron del hallazgo del cadáver esta misma mañana, a primera hora. Preferí esperar a verlo aquí. Mientras tanto, hice algunas cosas en la redacción. Y preparé la edición especial del Daily Clarion.

—Debí suponerlo. Esa edición va a suponer muchos ejemplares vendidos. Y mucha fama para su periódico —manifestó secamente Travers.

—No es mía la culpa, sino de los asesinos —replicó con acidez Priscilla—. Y tal vez de las autoridades, poíno haber sabido capturarles.

—¡Yo soy la autoridad aquí! —se irritó Travers, encarándose con ella —. ¿Eso es una acusación?

Priscilla estaba contemplando el cadáver en ese momento. Palideció. Sus ojos pestañearon ante el horror de aquel cuerpo de mujer, desnudo,

ensangrentado, con los senos mutilados y horribles cortes en cuello, rostro, pecho, vientre y muslos, hasta culminar en un tajo atroz de oreja a" oreja, que segó su vida definitivamente.

Los ojos de la muchacha, desorbitados y vidriosos, eran la misma expresión del horror y del pánico, del dolor y de la angustia. La joven periodista bajó la sábana y exhaló un suspiro, apoyándose en el muro para recuperar sus energías.

—No —dijo lentamente, casi con voz inaudible—. No es una acusación, sheriff. Sé que hace cuanto puede. Pero erró el camino.

—¿Qué quiere decir? ¿Va a enseñarme ahora su profesión?

—No. Quiero indicarle que no era nadie que sintiera odio o deseos hacia Kate Mac Gregor quien cometió el horrible crimen. Se trata de un loco, o quizá de dos o más locos. Igual que la atacaron a ella han atacado a Stella Armfield. Eso significa que toda mujer joven, atractiva y solitaria puede ser su víctima, de aquí en adelante. Estamos ante unos psicópatas que han resuelto satisfacer sus enfermizos apetitos sin detenerse ante nada ni ante nadie.

—Eso lo sabemos ahora. Antes sólo teníamos una víctima. Y ninguna pista que nos permitiera pensar en unos sádicos dispuestos a repetir su infamia.

—Pues ahora ya lo sabe, sheriff. Espero que sus pesquisas tengan mejor resultado en adelante. No busque solamente entre los amigos de Kate, sino en todo el pueblo o todo el condado de Estrella. Ahora ya no caben muchas dudas: hay entre nosotros unas fieras humanas, unos auténticos monstruos que se ensañan en sus víctimas, que gozan hiriendo, haciendo sufrir, matando, mutilando, ultrajando...

—De sobra lo sé, Priscilla. Y no me asusta lo que me digan en su periódico. Soportaré todas las críticas, no lo dude. Sé que hago cuanto puedo, y eso me basta por el momento. Tengo la conciencia tranquila.

—Ninguno podemos tener tranquila la conciencia en este condado, sheriff... —rechazó vivamente Priscilla—. Tenga en cuenta que albergamos aquí a unos seres execrables, a unas fieras sanguinarias a quienes no hemos sabido identificar ni localizar. La vergüenza de lo sucedido nos alcanza a todos. Absolutamente a todos. Y esa vergüenza no se borrará hasta que paguen sus delitos y sean confinados donde no signifiquen peligro alguno para nadie.

—Muy bien. Allá usted con su criterio. Imagino que no va a ser muy piadosa en sus comentarios periodísticos, pero me tiene sin cuidado lo que haga. Haré las cosas como mejor sé y puedo hacerlas, sin dejarme influenciar por nada ni por nadie. Buenos días.

Se encaminó a la salida de la morgue, resueltamente. Abrió la puerta, malhumorado, y se detuvo al verse ante el hombre que, parado ante el acceso al depósito, se disponía a entrar en él.

—¿Quién diablos es usted? —demandó Travers con aspereza, clavando sus ojos en el hombre, alto y joven, de cabellos rubios, rebeldes, y rostro anguloso y enérgico, de expresión decidida, ojos inteligentes y expresión vivaz—. Está

prohibido el acceso al depósito a toda persona ajena a él, si no está debidamente autorizada.

—Lo siento —el desconocido clavó sus ojos en Travers y descubrió la placa de su cargo, prendida en su chaleco—. Me dijeron que encontraría aquí a la señorita Priscilla Kane, y por eso he venido. Me envía el señor Jason Kane, del Daily Clarion.

—Yo soy Priscilla Kane —dijo ella, mirándole con sorpresa mientras se aproximaba a la puerta—. ¿Y usted quién es?

—El doctor Coleman Young, de Los Angeles —sonrió él, inclinando cortésmente la cabeza ante la joven—. Recibí su telegrama esta misma mañana, y decidí tomar mi avioneta privada para venir hasta aquí sin pérdida de tiempo. De modo que hay un segundo asesinato, ¿no es cierto?

* * *

—Me sorprendió usted, la verdad. Nunca creí que pudiera llegar tan pronto.

—Hoy en día el servicio telegráfico es muy eficiente —rió el doctor Young —, Y las avionetas, también. Bastaron cuatro horas entre una y otra cosa para que me viese sobrevolando Cedarville, en busca del vecino aeropuerto de la Sociedad de Deporte Náutico del condado de Estrella, donde tomé tierra. De allí a aquí, un coche de alquiler cubrió el trayecto en menos de media hora. Como ve, nada milagroso todo ello.

—Lo sé —Priscilla sonrió, moviendo la cabeza—. Pero lo cierto es que no le esperaba, Imaginé que tardaría aún unos días en presentarse aquí, en perder su precioso tiempo, doctor, para ocuparse de algo que ni siquiera sé si usted puede afrontar...

—He empezado ya mis vacaciones. Un médico amigo se ocupa de mis pacientes. De modo que aquí estoy, dispuesto a ayudarle.

—Gracias —suspiró ella—. Estaba segura de que lo haría. Tío Jason también se sentirá contento, no hay duda.

—Bueno, su tío me ha dicho que usted pone demasiada confianza en el hijo de su antiguo amigo, y que eso a veces es perjudicial, porque podría sufrir un desengaño si, como es de prever, no sé hacer un milagro y no avanzamos demasiado en la solución de este caso.

—Es que Jason Kane es un hombre sensato —terció agriamente el sheriff Travers—. Y su sobrina es todo lo contrario, doctor Young. No tengo nada contra usted ni contra su presencia en Cedarville, pero creo que recurrir a un psiquiatra para identificar a unos asesinos es no sólo desmerecer la ley, sino confiar en que la ciencia lo resuelva todo.

—Sheriff, le aseguro que no vengo a rivalizar con usted en las investigaciones —habló gravemente el joven médico de Los Angeles, volviéndose hacia el representante de la ley en el condado de Estrella—. Por el contrario, creo que nuestros respectivos caminos para intentar llegar a

alguna parte, están perfectamente definidos desde un principio. El suyo, es el de investigar en torno a unas víctimas, unos sucesos y un número de asesinos que puede ser de dos o más, por lo que llevo oído. El mío es bucear en la mente, en los pensamientos, en las reacciones patológicas de unos anormales, si es que realmente lo son, para llegar, por otra vía, al mismo punto al que usted llegue: la solución final.

—Muy bien, doctor —había cierto sarcasmo en el tono del recio sheriff—. Yo sé perfectamente cómo llevar a cabo mis pesquisas. Sé a quiénes interrogar, qué datos analizar. Y usted... ¿qué sabe, exactamente?

—Por el momento, nada —sonrió el joven psiquiatra, apacible—. Acepto mi ignorancia total respecto a las personas a quienes trato de estudiar clínicamente sin conocerlas ni saber nada sobre su identidad. Pero del mismo modo que un indicio, un rastro, un simple objeto, unas pisadas, una prenda determinada, pueden conducirle a usted hasta el criminal o criminales, mis estudios sobre sus reacciones y su patología podrían orientarme hacia determinadas personas. Y alguna de éstas, por cualquier síntoma que a un policía podría escapársele, pero nunca a un médico, llegar a delatarse a sí misma. Empiezo a partir de cero, sheriff. Pero eso no me asusta. Con cada uno de mis pacientes ha sucedido siempre igual. Y he sanado a muchos de ellos de un modo definitivo.

—De esos pacientes, doctor, usted conocía cuando menos su identidad —dijo secamente Travers—. Este no es el caso actual...

—Se equivoca. No siempre conocemos realmente la identidad de las personas tanto como creemos. Estamos viendo una máscara, un rostro, un individuo que dice ser de cierto modo y se comporta como tal. Pero ¿qué hallaríamos si pudiéramos despojarle de esa máscara y de ese comportamiento ficticio, que no es sino un freno a su auténtica personalidad oculta?

—He leído algo de eso en Jekyll y Hyde.

—Exacto. Ese es el eterno caso, sheriff. Jekyll y Hyde... Es Jekyll quien viene a nuestro consultorio. Y tenemos que hallar a Hyde dentro de él. Y destruirlo, si ello es posible. Ahora, usted busca a unos Jekyll. Yo, no. Debo buscar a sus Hyde respectivos. Veremos quién encuentra antes a sus sujetos.

—Suena a reto, doctor —frunció el ceño Travers, malhumorado.

—En cierto modo, lo es. Un reto limpio, honesto y noble. Es entre ambos, usted y yo. No me importa quién llegue antes. Pero lo que cuenta es llegar.

—Habla demasiado —el representante de la ley se encaminó a la salida de la redacción del Clarion, donde tenía lugar la charla, tras haber regresado juntos del de-pósito de cadáveres—. Yo prefiero obrar. Tengo cosas que hacer, doctor Young. Buenos días. Y bien venido a Cedarville.

Salió del recinto, alejándose calle abajo. Priscilla sonrió, mientras completaba la compaginación de la primera plana del diario, a punto de salir. La noticia de la trágica muerte de la cantante Stella Armfield ocupaba la totalidad de la página.

—No se enfade demasiado con Travers. Es quisquilloso cuando cree que alguien pretende meterse en su terreno. Una típica mentalidad provinciana, diría yo. Pero un buen hombre, eso sí.

—Ya me di cuenta... —sonrió a su vez el doctor Young—. No pienso interferir en sus investigaciones. Por el contrarío, lo que deseo es cooperar con él y con todos, para resolver de alguna manera este horrible asunto.

—Creo que he abusado de usted, doctor Young. Le hice venir aquí, y le he adjudicado una responsabilidad terrible.

—No se lamente por ello, señorita Kane. Vamos a luchar por que todo ello se consiga. Tenga fe en la buena fortuna y en la justicia. Seres así no pueden andar sueltos por el mundo. Muchas veces ellos mismos se delatan y terminan por destruirse. Pero hasta que eso ocurre, otras muchas personas inocentes caen víctimas de su frenesí homicida.

—Vaya, ¿preparando el plan de batalla? —sonó una voz risueña a sus espaldas.

Priscilla y el joven psiquiatra se volvieron. Jason Kane había entrado en la redacción, procedente del lado posterior del edificio, con unas hojas de papel en su mano.

—Algo así —asintió Young, riendo—. Lo difícil estriba en el principio, señor Kane. Uno no sabe por dónde empezar...

—Te comprendo —suspiró el tío de Priscilla—. De todos modos, aquí traigo algo para incluir en la edición del periódico, que tal vez, te resulte útil, Young.

—¿De veras? —Se interesó el joven—. ¿Algo relacionado con el asunto?

—Sí. Y con la comunidad de Cedarville —corroboró el periodista—. Mira esto: se trata de un mensaje anónimo. Resulta interesante, ¿no?

Le tendió una de las hojas de papel al médico. Priscilla se aproximó rápida para enterarse del asunto. Pudo ver, como Coleman Young, la escritura apresurada y deforme, sobre el papel arrugado:

> «Publiquen en su periódico que hubo un testigo del crimen de anoche. Yo estaba cerca. Tengo mucho miedo. No quiero revelar mi nombre. Envío otro anónimo en iguales términos al sheriff. Vi a los asesinos. Eran dos. Jóvenes. Vestidos con tejanos. Uno lucía chaqueta de cuero negro. Ah, y silbaban. Los dos silbaban lo mismo. Una canción de Bob Dylan, no sé cuál.
>
> »Por favor, traten de capturarles. No vi sus rostros, pero quizá podría identificarles.
>
> Un testigo.»

Se miraron los tres, perplejos. Jason Kane hizo un gesto escéptico.

—Naturalmente, puede ser una fantasía, uno de esos anónimos absurdos que se reciben con frecuencia.

—O la obra de una persona tímida, asustadiza, pero con afán de hacerse

notoria —señaló Young, meditativo—. Pero también podría ser cierto todo ello.

—Aunque lo sea, ¿cómo buscar al autor del anónimo para que intente la identificación? —resopló Jason Kane.

—Sí, claro —Young estaba meditando algo—. ¿Se ha fijado en ese párrafo? Dice que los dos silbaban algo. Algo de Bob Dylan...

—Puede ser una pista. Quizá esos dos individuos acostumbran a hacerlo —apuntó la joven—, ¿Usted conoce la música de Dylan, doctor Young?

—Tengo vanos de sus álbumes —sonrió él, pensativo—. Pero no sé si recuerdo todos sus temas, la verdad.

—Bueno, ya es algo. A mí también me gusta Dylan. Si oigo a alguien silbar una pieza suya, lo bastante popular para reconocerla, podría ser un indicio...

—Demasiado fácil —suspiró el psiquiatra, dubitativo—. ¿Qué le dice la descripción de ambos, señor Kane?

—Ambigua —Kane se encogió de hombros—. Corresponde al noventa por ciento de los jóvenes de la localidad.

—Un momento —apuntó Young, tomando el anónimo de manos de Jason Kane—. ¿Se ha fijado en la letra de ese mensaje?

—Sí. Está desfigurada a propósito. Han intentado disfrazarla.

—Pero hay cosas que no se pueden desfigurar. Por ejemplo: que pertenece a una persona culta. La letra es bonita y fácil, pese a su apariencia tosca. No tiene faltas ortográficas ni de puntuación... Y además... es letra de mujer.

—Vaya... —Priscilla examinó más minuciosamente el escrito—. Además de psiquiatra, tenemos aquí a un experto en caligrafía. Creo que tiene razón, doctor.

—De modo que el testigo es una mujer... —Jason Kane arrugó el ceño—. Cielos, ahora entiendo su terror, arriesgarse, sabiendo lo que hacen esos tipos con las chicas.

—Sí, eso dificultará las cosas, es evidente. Pero ya tenemos algo. Una mujer, unos silbadores de Bob Dylan, una chaqueta de cuero negro, tejanos... Es suficiente para empezar.

—Para empezar, ¿por dónde? —se interesó vivamente Priscilla, mirándole asombrada.

—Por la casa de discos de Cedarville, naturalmente —sonrió el médico.

—Vaya, qué casualidad —comentó Jason Kane—. Es propiedad del alcalde Kebee, como la urbanización donde mataron a la cantante. Y quien acostumbra a vender los discos, es el hijo del alcalde, Neville Kebee.

CAPITULO V

Neville Kebee no estaba solo en el amplio local dedicado a venta de discos, cassettes, tocadiscos, magnetófonos y televisores, en pleno centro de la población.

Una bonita muchacha pelirroja, con el nombre sobre una tarjeta de plástico con el distintivo de la empresa, compartía el trabajo de ventas con el hijo del alcalde. Ese nombre era el de Faye Hartman.

—¿El señor Kebee júnior? —Sonrió agradablemente al visitante la muchacha de los cabellos rojos—. Sí, está allí, atendiendo a aquella señora. Pero si yo puedo serle útil entretanto...

—Gracias —el doctor Coleman Young estudió a la bonita joven con interés—. Busco un disco de Bob Dylan.

—Oh, tenemos muchos. Casi todos, en realidad. ¿Alguno en concreto, señor?

—Quizá. Pero no recuerdo bien su titulo. Si pudiera silbarlo... —arrugó el ceño, como si evocase algo, y comenzó a silbar Lay Lady Lay. La joven le escuchó atenta, y parecía decidida a buscar uno determinado, cuando Young pasó a silbar rápidamente el tema de *Ballad of a thin man*. Perpleja, la muchacha se detuvo, sin saber qué hacer.

—Son temas diferentes, señor —le hizo notar.

—Cierto —admitió Young, con aire cariacontecido—. Tengo tan mala memoria para las melodías... Creo que confundo unas con otras... ¿No le ha venido nunca nadie a comprar algún disco, silbando previamente la melodía, señorita?

—Muchas veces —no fue ella quien contestó, sino una voz varonil, seca y enérgica, que hizo girar la cabeza al joven médico, a la vez que también la joven dependienta se mostraba sobresaltada—. ¿Está usted aquí para comprar o para hacer perder el tiempo a mis empleados?

Coleman Young clavó sus ojos en el joven alto, delgado, de rostro suave y correcto. Neville Kebee debía de tener veinte o veintidós años, pero representaba aún menos. Juvenil, flaco, de pelo largo, rebelde, jeans gastados y camisa gris, había en él una rara mezcla de juventud pop y aristocracia decadente. Sus ojos, grandes y oscuros, tenían una mirada fría y agresiva. Parecía seguro de sí, convencido de su superioridad social y económica en la ciudad.

—Disculpe, amigo —sonrió el doctor Young con cierta frialdad—. Busco un disco concreto. Siento no saber silbar mejor. Eso no es hacer perder el tiempo a nadie, señor...

—Kebee. Neville Kebee. Soy el propietario de este establecimiento, y no quisiera que mis empleados malgastaran su tiempo atendiendo a simples curiosos. Si lo que busca usted es adquirir algún disco, perdone la interrupción. ¿Puedo ayudarla en algo, Faye?

—No, Neville, gracias —sonrió la joven—. El señor no está muy seguro de cuál es la pieza de Dylan que busca. Por eso estaba intentando silbarla.

—Tengo mal oído —confesó el doctor Young modestamente—. Tal vez sea ésta...

Comenzó a silbar de nuevo. Neville Kebee se quedó mirándole con las cejas enarcadas y los ojos fríos e inexpresivos, como si sólo le preocupara saber cuál era la canción que entonaba el cliente.

—Eso es Hurricane —señaló secamente—. ¿Es ése el disco que quiere?

—Sí, creo que sí —suspiró el médico, viendo que su estratagema no producía resultado alguno. Miró a la joven—. Por favor... Deme Hurricane, señorita. ¿Puedo escuchar un fragmento, antes de adquirirlo?

—Por supuesto. Sígame —le invitó ella, mientras Neville se alejaba, para mostrar a otro cliente un televisor portátil en color.

Entraron en una de las encristaladas cabinas aisladas, para escuchar la pieza en un tocadiscos estéreo. La joven puso el disco en el plato e hizo funcionar el aparato. Bob Dylan comenzó a llenar con su voz y su música el ámbito cerrado.

Young parecía escuchar muy atento. En realidad, observaba. Captó la mirada de soslayo del joven Kebee, desde los televisores en color, hacia la cabina. ¿Había curiosidad o tal vez inquietud en esa mirada?

—¿Es cierto que otros clientes acostumbran a silbar la melodía cuando vienen? —indagó de pronto Young, dirigiéndose a la pelirroja dependienta.

—Pues sí, a veces. Especialmente cuando ignoran el nombre de la pieza o del intérprete —sonrió ella, distraída.

—¿Algún cliente en especial, que acostumbre a silbar cuando compra discos? —Insistió Young—. ¿Lo hay?

—Pues no recuerdo exactamente. Quizá lo haya, si. ¿Por qué le interesa tanto eso?

—Verá. Justamente cuando llegué a esta población, oí la melodía que ando buscando, silbada por un joven de tejanos con chaqueta de cuero negra. Esa sí era la melodía, sin lugar a dudas. Por eso vine a comprar el disco, pero olvidé la tonada.

—¿De modo que tampoco está seguro de que sea ésta? —se sorprendió la joven Faye.

—Déjelo. Pienso comprar igual el disco, pero no. no estoy seguro. Es ese joven el que me interesaría, para que me ayudase en la compra, pero lo perdí de vista antes de que tuviera tiempo de hablarle. ¿Usted no sabe quién es, por las señas que le di?

—Muchos jóvenes visten así en Cedarville, señor —Faye se mostraba ya realmente inquieta en su compañía. Miraba al exterior, como si temiera algo súbitamente. Young lo comprendió en seguida. El era un forastero y se estaba comportando de un modo raro. Eso podía hacer sospechar a la muchacha. Después de todo, alguien había matado a dos mujeres en los últimos días. Y podía ser un forastero el criminal. Al menos, eso pensarían los habitantes de

Cedarville. Ella se dispuso a salir de la cabina, alegando—: Será mejor que escuche completo el disco, y me llame si desea llevárselo...

—No, por favor —rogó Young, sujetándola suavemente por el brazo. Notó que ella se estremecía al contacto—. Ya está decidido. Deme ese disco. No buscaré más. Y perdone las molestias.

Ella sonrió cortésmente, pero se le notó el alivio al salir de allí con él. Con toda celeridad, le puso el disco en una bolsa de plástico, y se encaminó con él a la caja. Allí estaba Neville Kebee, que cobró el importe y entregó a Young un ticket, mirándole curiosamente al mismo tiempo.

—Usted es forastero, ¿verdad, señor? —indagó.

—Así es —sonrió el cliente, mirándole fijo—. Doctor Young, de Los Angeles. Voy a pasar unos días en esta población. Estoy de vacaciones.

—Ya —el hijo del alcalde mostraba cierto recelo—. ¿Por qué precisamente aquí?

—Tengo un buen amigo en Cedarville; el señor Jason Kane, editor del diario local.

—Oh, entiendo —Kebee sacudió la cabeza—. Bien, le deseo feliz, estancia. ¿Localizó ya su disco?

—Creo que sí. Al menos, no hice perder el tiempo a su dependienta.

—Perdone si le molestó eso. Si supiera los curiosos que entran, molestan y no se llevan nada...

—Lo supongo. ¿Compran muchos discos los jóvenes de aquí?

—Lo habitual en todas partes. Música pop, percusión, grupos nuevos, todo eso se vende bien, pero pasa pronto. También hay clientela para lo clásico. Algunos jóvenes con estudios, y gente mayor por lo general.

—Sí, es lo que se acostumbra a dar —convino Young, disponiéndose a partir. Antes, lanzó una última andanada que pilló de improviso al joven Kebee—. ¿Sabe una cosa? Soy psiquiatra. Me interesa mucho la personalidad patológica de los asesinos de esta ciudad.

—¿Cómo? —parpadeó Neville Kebee, totalmente sorprendido.

—Creo que durante estas vacaciones, trabajaré intentando conocer más a fondo la psicología de esos dos criminales. Evidentemente, se trata de psicópatas homicidas, obsesionados por la sangre y el sexo.

—¿Por qué dice usted dos? —puntualizó Kebee, más sereno—. Nadie ha dicho nada sobre ese punto aún...

—Estoy seguro de ello —sonrió, camino ya de la salida—. Dos muchachos jóvenes de esta ciudad, señor Kebee. Pueden parecer de lo más inofensivo y normal. Pero no lo Son. Me apasionan estas cuestiones de la mente humana, créame.

—¿Y va a investigar usted clínicamente este caso?

—Sí, eso es.

—Tenga cuidado —advirtió Neville Kebee, levantando la voz, al distanciarse Young de él—. Podría ser peligroso...

—Si ellos se enteran, sí —asintió el médico, ya en la salida—. Podría

serlo...

Y abandonó el establecimiento de discos.

* * *

El parador se alzaba allí, ante él, en la carretera donde cayera la primera víctima de los sádicos. Era el negocio de los Jeffords. Había leído que el cadáver de Kate Mac Gregor se hallaba a menos de media milla del lugar cuando fue hallada. Y evidentemente, la joven fue violada y asesinada en aquel mismo lugar.

Coleman Young sentía sed, después de la caminata a lo largo del arcén, viendo minuciosamente los mismos parajes donde los monstruos atacaron a la joven solitaria, y donde luego el sheriff y sus hombres habían rastreado de forma exhaustiva cada palmo de terreno.

Pero si entró en el parador, fue por hallarse cerca de la escena del crimen, y no porque esa sed no pudiera esperar a su regreso al pueblo, con el automóvil que había alquilado en un negocio de arrendamiento de coches.

En realidad, iba buscando a las personas que, de un modo u otro, podían estar cerca del círculo juvenil local, de los hombres cuya edad interesaba a Young, porque según aquel testigo anónimo, y según sus propias deducciones, a la vista de los sucesos, solamente unos muchachos de determinada edad, ya fuesen dos, tres o más, podían encajar en la condición criminal de los personajes siniestros tras los cuales andaba.

Le miraron, indiferentes, cuando entró. Young se acomodó en el mostrador. La mujer vino hacia él, solícita.

—Buenas tardes, señor —saludó—. ¿Desea ver la carta de comida y bebidas?

—No, gracias —rechazó Young—. No tengo apetito. Sírvame una jarra de cerveza, por favor.

—En seguida —asintió ella, y volviéndose al joven que la ayudaba, le ordenó—: Jim, una cerveza para este señor.

—Sí, mamá —asintió Jim Jeffords.

Young tomó nota mentalmente de todo eso. Había leído la amplia reseña del Clarion sobre el primer crimen. Allí se hablaba de la proximidad del parador, de los esposos Jeffords, Gus y Norah, y su hijo Jim. Observó que alguien se movía por la cocina, un hombre de mediana edad, y supuso que sería el marido. Los tres Jeffords se bastaban y sobraban para atender su negocio.

Estudió a Jim. El muchacho le puso la cerveza delante. Le miró con curiosidad, pero eludió rápido la mirada cuando advirtió que también el cliente le observaba. Se apresuró a alejarse hacia el fondo del mostrador, al tiempo que el muchacho de la máquina del millón le llamaba en voz alta:

—¡Eh, Jim! ¡Dame cambio de un dólar! ¡Esta maldita máquina me la está jugando hoy, y me he quedado sin piezas sueltas!

—En seguida, Mitch —asintió débilmente el muchacho.

Hurgó en la caja, sacó moneda fraccionaria por valor de un dólar, y se la dio a otro de los mirones, que le entregó a cambio un billete de dólar.

—Dame, Kelly —pidió el llamado Mitch, malhumorado, desde la máquina que parecía monopolizar él solo—. A ver si de una condenada vez le gano la partida a esta sucia máquina...

Kelly le entregó las monedas, que Mitch dispersó sobre el tablero de vidrio de la máquina. Young, con su cerveza en la mano, se aproximó también, para contemplar la partida. Mitch volvió a perder, soltando una blasfemia entre dientes. Miró airado a los curiosos, y entonces se fijó en la presencia de Young, con su pinta de cerveza fría en la mano.

—Eh, usted no es de por aquí, ¿verdad, señor? —le espetó, nada respetuoso.

—Pues no —sonrió Young—. Soy forastero. De Los Angeles. Paso aquí mis vacaciones.

—¿Desde cuándo? —insistió Mitch, con cierta altanería chulesca.

—Desde hoy mismo. Siga jugando, muchacho. Si le molesta que mire...

—No, no me molesta. Pero me disgustan los forasteros. Sobre todo, cuando ocurren cosas raras en el lugar.

—¿Cosas raras? —Young enarcó las cejas con aire ingenuo.

—Sí. Asesinatos, y cosas así —remachó Mitch, agresivo—. Puede ser cualquier forastero el culpable.

—Y cualquiera de la localidad, ¿no? —sugirió suavemente Young.

—¡Pestes, claro que no! Nosotros no haríamos una guarrada así, señor. Nunca la hicimos. Los sádicos, los locos asesinos y los enfermos sexuales viven lejos de aquí.

—Eso sería bonito, si fuese cierto —suspiró Young—. Soy médico psiquiatra, muchacho. Vive mucha gente rara y sucia en todas partes. «Pero los sitios pequeños, donde los convencionalismos y las hipocresías son mayores que en las ciudades, todavía existen más seres enfermizos y reprimidos que cuando estallan son temibles.

—Médico psiquiatra... ¡Bah! —Mitch se encogió de hombros y escupió una goma de mascar contra el suelo, antes de introducir otra moneda en la ranura—. Al diablo con los psiquiatras... Están tan chiflados como sus pacientes.

—Eso acostumbra a decirse, sí —rió entre dientes Young—. Mucha gente gusta despreciamos, porque en el fondo nos teme.

—¿Temerle? —Terció el joven llamado Kelly—. ¿Por qué, doctor?

—Porque llegamos más lejos que los demás. Podemos penetrar en la mente de personas a quienes no les gusta que nadie lea en sus pensamientos.

Mitch falló la bola y soltó una palabra soez. Kelly miró al médico con repentino gesto preocupado. Era un mozo rubio pajizo, de ojos azules, cura flaca y gesto débil. El otro muchacho que miraba la partida de Mitch, comentó irónico:

—Podría ayudar a la policía a encontrar a los asesinos, doctor. El sheriff Travers no se aclara. Y si usted es tan capaz de leer en las mentes ajenas, no tendrá dificultades en descubrir a los culpables...

—¡Cállate de una vez, imbécil, y lárgate a despachar recetas a tu farmacia! —Rezongó Mitch—. Estáis distrayéndome con tanto parloteo, malditos seáis todos...

—Perdona, Mitch —Kelly se apartó, disgustado, así como su compañero, Young estudió a ambos. Hasta entonces, el cuarto muchacho había permanecido silencioso. Era ancho, de contextura vigorosa, pelo oscuro y muy rapado, y ojos astutos y brillantes.

—De modo que usted es farmacéutico... —comentó Young, mirando a Kelly.

—Sólo hijo del farmacéutico —sonrió el joven—. Pero acostumbro a despachar las recetas. Hoy es mi ella libre. ¿De verdad es usted psiquiatra?

—Sí, lo soy. Y no acostumbro a extender recetas. Los males de la mente rara vez se curan con fármacos, de modo que no espere que mi presencia mejore su negocio.

—No lo esperaba tampoco. Eso es cosa de papá. ¿Qué medicina es la mejor para el enfermo que acude a un psiquiatra, en tal caso?

—La sinceridad —dijo Young, mirándole fijamente todo el tiempo.

—Pero si el paciente no quiere sincerarse...

—Ese es el problema, Kelly. Hay que lograr que lo haga. Cuando su subconsciente se libera, todo está resuelto.

—Yo tampoco creo mucho en la psiquiatría —señaló el otro joven—. Está muy desprestigiada.

—Porque muchos colegas son más charlatanes que médicos —asintió Young—. Muchas veces buscan sangrar al cliente y prolongar el tratamiento. No intentan curarle.

—Quizá sea así. Después de todo, yo soy un profano, pero hablo por lo que oí decir por ahí, doctor, no se moleste conmigo —pidió el joven.

—No, claro que no me molesta —sonrió Young—. ¿Usted en qué trabaja?

—Fotografía. Es mi pasión. Tengo una tienda en Cedarville. Yo revelo y hago copias. Pero lo que me entusiasma es la fotografía artística. Mis clientes, por desgracia, no me traen nunca nada aceptable. Mi nombre es Morgan, Neil Morgan. Mi tío regenta el negocio, claro está. Yo tengo sólo diecinueve años, doctor.

—Sí, todos sois muy jóvenes, ya veo —asintió Young—. Hoy he conocido a otro muchacho de vuestra edad, con su negocio propio: Neville Kebee.

—Oh, ese... —Kelly hizo un gesto desabrido—. Es un niño de papá. Su padre es rico y es influyente. Es nuestro alcalde. No nos gusta Neville. Se cree el donjuán de la ciudad. Y no vale nada. Las chicas se burlan de él cuando no las oye. No es muy... muy varonil, ¿entiende, doctor?

—Claro. Las chicas de Cedarville deben tener pocas inhibiciones, a lo que veo.

—Aquí ocurre como en todas partes, doctor —terció Morgan, el fotógrafo —. Ya no son los tiempos de los idilios románticos. Cuando uno sale con una chica, casi siempre puede ocurrir todo. Y de hecho ocurre. No tienen prejuicios. Es natural, ¿no?

—Sí, supongo que sí —Young les miró, soltando su pregunta brusca—: ¿Kate Mac Gregor era así también?

Un plato se hizo añicos en alguna parte. Young se volvió. El joven Jim Jeffords, muy pálido, había dejado caer la pieza de sus manos mientras la secaba. Su madre le miró con reproche. Pero el muchacho sólo tenía ojos para el doctor Young.

Mitch perdió otra bola, y juró entre dientes, clavando una rápida ojeada malévola en el médico. Metió una moneda en la ranura, gruñendo con pésimo humor:

—¿Quieren dejar de charlar todos aquí a mi alrededor? No puedo concentrarme, maldita sea...

Era obvio que había tocado un tema candente. Kelly y Morgan parecían ajenos a la pregunta, como si ni siquiera la hubieran oído. Tras un prolongado silencio, fue el psiquiatra quien apuró su jarra de cerveza, depositándola en el mostrador, junto con unas monedas, y se encaminó a la salida, diciendo en voz alta:

—Bien, muchachos. Fue un placer charlar con vosotros. Hasta otra.

Abandonó el parador. Se encaminó a su coche, cuando un sonido le hizo girar la cabeza, intrigado. Estaba seguro de haber oído un siseo, una llamada subrepticia.

Era cierto. Tras el edificio, asomaba la cabeza de Jim Jeffords. Le hizo señas de que se aproximase, sin dejarse ver el por los del interior.

Young, como si paseara, encendió un cigarrillo y caminó hacia la parte lateral del edificio, donde se reunió con un Jim que temblaba ligeramente y seguía mostrando una rara palidez en su rostro.

—¿Qué hay? —Indagó amablemente el psiquiatra—. ¿Quieres algo, hijo?

—Usted... usted dijo que es médico... —musitó el muchacho.

—Sí, eso es. Médico psiquiatra. Pero no he venido a ejercer aquí. Sólo a descansar.

—Habló de... de Kate —musitó Jim roncamente.

—Sí. Kate Mac Gregor —asintió Young, sin desviar sus ojos de él—. ¿La conocías?

—Salimos algunas veces juntos. Kate... Kate era maravillosa. Una gran chica. Pero no era de la clase que ésos dijeron antes. Ella no... no se entregaba a nadie, no era una cualquiera, como tantas otras.

—Está bien. Nadie dijo que ella lo fuese. Lo pregunte, pero no lo dijeron.

—Yo puedo decírselo. Kate era una chica honesta. Nunca permitió que se propasaran con ella. Por eso se peleó con Neville Kebee. El sólo quería divertirse con ella. Me lo contó. Pobre Kate... Si supiera quién pudo hacerle lo que le hizo...

—No sufras. Alguna vez se sabrá. Tú la querías mucho, ya veo. Jim, ¿qué tal son esos chicos amigos tuyos, los que están ahí dentro?

— Psé... Como todos. Kelly es el mejor de los tres. Morgan es un enfermo.

—¿Un... enfermo? Parece muy fuerte y sano...

—Hablo en otro sentido. Eso que habla él de fotografías... sólo le apasionan las chicas desnudas, las poses provocativas y todo eso. Tiene la mente enferma, doctor.

—Ya. ¿Y hay chicas aquí que se dejan fotografiar desnudas?

—Siempre las hay en todas partes. Cuando no. él usa teleobjetivos especiales, vigila cerca de las casas, de las ventanas abiertas... y capta a mujeres en la intimidad. Es un cerdo. Sólo piensa en el sexo.

—¿Y Mitch?

—Es un matón. Mal educado, grosero y presuntuoso. Se pelearía con cualquiera. Lleva siempre navaja.

—¿Automática?

—Claro. De esas que se disparan solas, apenas se aprieta un botón. Cualquier día tendrá un buen lío. Le gusta demasiado alardear con su navaja.

—Pero los que mataron a Kate, usaron otra clase de navaja, Jim: la barbera.

—Lo sé. Se lo oí decir al sheriff, y luego lo leí en el Clarion. Pero el padre de Kelly no parece estar metido en ello. Ni tampoco ese conquistador de Monty Sheldon.

—¿Quiénes has dicho? —se interesó vivamente Young.

—Bueno, el farmacéutico, el padre de Budd Kelly, tiene también barbería en el mismo negocio, en la parte do atrás. Y Monty Sheldon es un tipo muy guapo, dueño de otra barbería local. Se dice que el tal Sheldon tiene líos con la mujer del alcalde Kebee. Lo oí contar aquí a veces, en voz baja. En un local como el nuestro, se oyen muchas cosas, doctor.

—Eso es interesante. ¿De modo que el barbero tiene algo que ver con la madre de Neville Kebee?

—Con la madrastra, doctor —rectificó Jim Jeffords—. El alcalde era viudo y se casó de nuevo. Evelyn Kebee, su actual esposa, es muy joven y bella. Neville la odia, y tal vez sea por ocupar el puesto de su madre o por ser demasiado joven, no sé.

—Bien, Jim. Todo eso es muy interesante, gracias —le estrechó la mano —. Tal vez pueda ayudar al sheriff a encontrar a los que hicieron daño a tu querida Kate.

—Hágalo, se lo ruego. Si es cierto que usted puede penetrar en la mente de los demás, no le será difícil localizar a los asesinos. Son locos peligrosos, con la obsesión del sexo y de la muerte... No se olvide de Morgan. El sería capaz de algo así, estoy seguro.

—Lo tendré en cuenta, Jim, puedes creerlo. Ahora, regresa. Si ellos supieran lo que has salido a decirme, tal vez te iban a hacer algún daño.

—Seguro. Mitch sería capaz de marcarme con su navaja, doctor. ¿Volverá

por aquí?

—Volveré —prometió Young, alejándose hacia su coche, siempre caminando como si estuviera dado un paseo.

Cuando se alejó en el coche, Jim Jeffords ya no estaba en el exterior. Dobló en la curva, dirigiéndose de regreso a Cedarville, y giró la cabeza, para mirar por la ventanilla trasera.

Descubrió a Mitch con el rostro pegado a una vidriera del parador, siguiéndole con mirada malévola.

CAPITULO VI

—Una cena excelente, Priscilla. Además de ser una periodista magnífica, una muchacha encantadora y una persona de audaces decisiones, es usted una maravilla de cocinera.

—Gracias, doctor Young. Seguro que en Los Angeles se debe comer muy mal, para que usted diga eso —rió suavemente la joven.

—Como tipo solitario y soltero que soy, voy a comer a los restaurantes, y elijo siempre los mejores. Pero su cocina no puede compararse a la suya, Priscilla.

—Logrará que me ruborice, doctor —rió ella de buena gana.

—No vuelva a llamarme «doctor», Priscilla. Somos amigos. Para usted, soy solamente Cole. No me gusta el nombre de Coleman completo, y uso la abreviatura.

—Está bien, Cole —ella se incorporó, empezando a retirar los platos de la mesa, en tanto Jason ofrecía un cigarrillo a su huésped—. En seguida estaré con ustedes. Podemos tomar el café en la salita, y charlar de sus primeras impresiones, ¿de acuerdo?

Unos momentos más tarde, Jason, su sobrina Priscilla y. el doctor Young, se acomodaban en el living, ante sendas tazas de café, y la charla se iniciaba con el relato de Young sobre sus actividades de aquella tarde.

—De modo que ya conoce a cinco de los muchachos más notables de la población —dijo Jason, pensativo—. ¿Qué conclusiones ha sacado de ellos?

—Todo está aún muy confuso, señor Kane. Jim Jeffords parece un chico inofensivo y tímido. Mitch, un chulillo agresivo... Kelly, un chico normal. Y Morgan, según Jim, un obseso sexual reprimido. En cuanto a Neville Kebee, es un joven astuto, frío y receloso. Son sólo primeras impresiones, pero algo puede ser diferente a lo que parece. Los anormales acostumbran a ser muy astutos cuando de engañar se trata, y se refugian tras una personalidad ficticia, que mantienen a ultranza para no ser desenmascarados.

—De modo que cualquiera de ellos podría ser lo que no aparenta —comentó Priscilla, pensativa.

—Por supuesto. Uno no debe fiarse de ninguna apariencia externa. El subconsciente sabe siempre replegarse astutamente cuando no desea ser vulnerado.

—En resumen: que no es nada fácil llegar a una conclusión definitiva. Mi siquiera para un especialista —apuntó Jason Kane, pesimista—. ¿Qué podemos esperar, entonces, de nuestro sheriff Travers?

—El posee algo natural que yo no tengo: instinto policial. Puede obtener mucho por ese camino. Priscilla no debe confiar tan ciegamente en mí. Mediante un trato superficial con las gentes de Cedarville, no puede esperarse que llegue a esclarecer totalmente un misterio de este tipo.

—Entonces, ¿cuál es su plan de trabajo realmente? —se interesó ella.

—Provocar al culpable o culpables —señaló Young con sencillez.

—¿Provocarles?

—Eso es: hacerles ver que yo busco algo, que soy la persona que puede llegar a desenmascararles. Eso les pondrá nerviosos. Y quizá cometan errores.

—Pero puede ser muy peligroso para usted, Cole —avisó Priscilla.

—Alguien me dijo ya eso anteriormente —sonrió el psiquiatra—. Es cierto. Puede ser peligroso, si los criminales piensan que yo les amenazo y me atacan. Pero yo no soy una muchacha inofensiva. Puedo enfrentarme a ellos.

—¿Sin armas? ¿Y ellos con navajas y guiados por esa insania que les posee? —dudó Jason, preocupado.

—Deje eso de mi cuenta, si llega el momento, señor Kane. Ahora, hablemos de este pueblo y sus gentes. Supongo que habrá otros muchos jóvenes a quienes hablar, de quienes sospechar...

—Es evidente —afirmó Priscilla—. Pero yo siempre he sostenido la teoría de que han de ser personas conocidas de Kate. Y quizá relacionadas de algún modo con el teatro local, Eso explicaría que conocieran tan perfectamente los movimientos de ambas víctimas.

—¿Y quiénes encajarían en tal circunstancia?

—Varios de ellos. Pero especialmente, del círculo que usted ha conocido hoy, Cole. El teatro también es de Rush Kebee, el alcalde. Igual que la urbanización donde vivía Stella Armfield, y donde fue asesinada.

—¿Es el amo de todo el pueblo el alcalde Kebee, tal vez?

—Casi —asintió Priscilla—. Es muy poderoso aquí. Su hijo tenía que saber dónde se alojaba la cantante. Y su hijo acompañó varias veces a Kate Mac Gregor.

—Lo sé. También Jim Jeffords...

—Pero Jim no tiene relación alguna con el teatro ni con Kebee.

—¿Y los demás sí?

—En efecto —asintió Jason, con tono grave—. Priscilla tiene razón, el teatro es propiedad de Kebee, pero los espectáculos que se dan en él los contrata y explota una empresa local, denominada Círculo Artístico-Cultural de Cedarville.

—¿Y...?

—Y ese círculo lo presiden, exactamente. Lewis Jones, padre de Mitch, en compañía de los padres de Budd Kelly y Neil Morgan, los propietarios de la farmacia y barbería y del negocio de fotografía local. ¿Se da cuenta ahora?

—Ya. Sus hijos son todos muy amigos entre sí. Y todos conocían a Kate, ¿verdad?

—Todos —afirmó Priscilla—. Kate era huérfana de padre. Su madre, Susan Mac Gregor, también trabaja en el teatro. Es la taquillera...

—Vaya. Ambos sucesos, pues, tienen una relación concreta: los hijos de los directivos del Círculo Artístico- Cultural...

—Es el eslabón, cierto —afirmó Jason Kane—. Pero son tres personas. Y usted y la policía sólo buscan a dos, ¿no es cierto? Es lo que afirma ese testigo

anónimo, doctor.

—Exacto. A menos que el testigo mienta, viese mal, o uno de los tres no se dejase ver. Bien, amigos míos. Creo que mañana tendré trabajo por hacer, si quiero ir profundizando en todo esto. Aleo me dice que, cuando menos, conozco ya a uno de los asesinos.

—Sí —suspiró Priscilla, afirmando con la cabeza—. Eso es algo que también me ocurre a mí, Cole. Es sólo un presentimiento, pero juraría que, cuando menos, uno de esos muchachos forma parte de la pareja criminal.

Jason Kane les escuchaba algo sorprendido. Luego, se limitó a comentar:

—No se puede acusar a nadie con simples presentimientos, Priscilla.

—Claro que no —confirmó Young, poniéndose en pie—. Bien, amigos míos. Creo que es hora de retirarse a descansar. Mañana reanudaremos la tarea.

—Supongo que no se puede publicar nada relativo a usted en mi diario, ¿verdad?

—Por el contrario, Priscilla. Publíquelo. Diga que he venido aquí para estudiar las mentes de los asesinos y, a través de ello, ayudar a la policía si es posible.

—¡Pero eso es como hacer de cebo de esos asesinos! —protestó Jason.

—Sí, señor Kane —sonrió Young—. Algo parecido. Pero no me importa. Es más, creo que eso podría poner nervioso a alguien...

—Como quiera, doctor, pero es un juego muy arriesgado —besó a su sobrina y puso su firme mano en el hombro del joven, afectuosamente—. Yo no me acuesto aún. Acostumbro a preparar abajo la edición del día siguiente, en sus páginas de noticias ajenas a nuestro condado. El télex me suministra el material, y yo trabajo en la linotipia. Sudo acostarme entre la una y las tres. No podría dormir sin hacer eso cada noche.

—Así es tío Jason —sonrió Priscilla—. Yo prefiero levantarme pronto y preparar las primeras páginas de información local. Buenas noches, tío.

Jason Kane se ausentó, bajando a la redacción del Clarion, situada en la planta baja del edificio. Priscilla ofreció un poco más de café a Young, pero él lo rechazó.

—No, gracias —replicó—. Prefiero dormir ya. Ha sido un día muy movido para mí.

—Lo comprendo. Croo que nunca me perdonara que le metiera en este lio, Cole.

—No diga eso. Lo hago gustoso, créame. Usted solicitó mi ayuda. Y yo se la ofrecí de buen grado. No me arrepiento de ello. Y trataré de complacerla y no defraudarla.

—Sé que así será. Confío mucho en usted. Cole —los ojos de la bella muchacha se fijaron en él con intensidad. Iba a añadir algo más, cuando sonó el teléfono.

Priscilla fue al aparato y lo descolgó. Apenas hubo hablado unas pocas palabras, tendió el teléfono a Young.

—Es para usted —dijo—. Una mujer.
—¿Una mujer? —pestañeó él, desorientado—. Es raro...
—¿De veras? —sonrió irónicamente ella—. Pues ella parece muy deseosa de hablar con usted...
Young tomó el aparato. Preguntó escuetamente:
—¿Quién es? Soy el doctor Young.
—Doctor, necesito verle. Inmediatamente.
—¿Por qué? ¿Quién es?
—Tal vez sepa que hubo dos anónimos hoy. Uno para el sheriff y otro para sus amigos, los Kane, del Clarion. Yo los envié.
—¡Usted! —Young se dijo que él conocía aquella voz por alguna razón—. ¿No va a darme su nombre?
—No —negó ella—. Ya me verá personalmente, si es que quiere venir. Pero no diga nada a la policía. Ni a nadie. Diga que soy... que soy una conquista. Se lo creerán. Usted es muy guapo.
—Gracias —los ojos de Young se cruzaron con la mirada curiosa e inquisitiva de Priscilla Ken—. ¿Cuándo y dónde?
—Ahora. Lo antes posible. Le espero en un lugar aislado, donde nadie me vea. ¿Conoce la terminal de autobuses?
—No.
—Está al sur de la ciudad. No tiene pérdida, si sigue por Washington Road, hasta Pacific Square. Verá en seguida la estación. Es amplia y bien iluminada. Déjela atrás. Hay una alameda junto a la carretera que conduce a las cocheras. Y en medio de ella, una bifurcación donde se alza una pequeña caseta de madera abandonada. Estaré allí. No falte. Es muy urgente. Es vital.
—¿Por qué dice eso? ¿Qué ha motivado que me llamase precisamente a mí?
—Porque he tomado una decisión. Tengo que hacerlo. Sé quiénes son los dos asesinos y tengo que decírselo. Usted logrará sacarles la verdad mejor que el sheriff. Si llegan a sospechar que yo lo sé, me matarían. Por Dios, en usted confío, doctor Young.
—Muy bien —asintió él, resueltamente—. Estaré ahí en seguida.
Colgó. Se quedó mirando a Priscilla. Ella sonrió, burlona.
—Parece que ya no tiene tanto sueño, Cole —apuntó, irónica.
—Es algo que no admite demora. Es... —se detuvo. Decidió no revelarlo todo por el momento, ni siquiera a ella—. Es una chica en apuros. Me necesita ahora.
—Vaya... No nos contó nada sobre sus relaciones femeninas durante el día de hoy.
Young permaneció impermeable a toda posible insistencia curiosa.
—Lo siento. Hay cosas que no deben revelarse ni siquiera a los amigos... Hasta mañana, Priscilla. Tal vez vuelva tarde.
—Sí, claro. Nunca se sabe... —apuntó ella, sarcástica, cuando él cerraba la puerta al salir.

Una vez sola, la joven periodista se mordió el labio inferior y contempló fijamente el teléfono. Algo, un destello parecido al despecho, asomó a sus bonitos ojos.

* * *

Allí estaba la caseta abandonada.

Era un paraje solitario y oscuro. Las luces brillantes de la terminal de autobuses, quedaban muy atrás y sólo prestaban una leve claridad a la zona, dónde los altos arbustos, próximos a una zona donde ya el terreno se hacía boscoso, ayudaban a que las sombras lo invadiesen todo, dándole un aspecto amenazador y hosco al lugar.

Coleman Young miró en torno precavidamente, a medida que se movía, paso a paso, en dirección a la caseta de tablas, quizá utilizada en otro tiempo para guardar material de viejos autobuses. Ahora, unas modernas cocheras, cuyos muros posteriores eran visibles desde allí, habían sustituido al viejo y pequeño edificio medio derruido, y cubierto de polvo y hierbajos silvestres.

Ya cerca de la edificación, llamó con voz suave:

—Eh... ¡Oiga! ¿Está usted ahí? Soy yo, el doctor Young... —esperó en vano. No oyó el menor ruido, y menos aún el sonido de cualquier voz humana. La desagradable idea de que pudiera haber caído en una trampa, no fue la primera vez que le asaltó desde que saliera de casa de los Kane, pero en este momento y lugar sí resultó particularmente incómoda.

Giró la cabeza. Escudriñó cada rincón del oscuro paraje. No captó indicio alguno de cualquier posible presencia humana o de algún peligro que le acechara Sin embargo, la sensación de inquietud y tensión persistió en él.

—¡Escuche! —insistió, ya más cerca de la caseta—. ¿Dónde está metida? He venido, como me pidió. ¿Qué es lo que ocurre? No tema nada, soy el doctor Young.

Al no haber respuesta, el joven psiquiatra rebuscó en sus bolsillos, y extrajo una pequeña lámpara eléctrica que acostumbraba a llevar siempre consigo. Decidido, la encendió, enfocando al interior de la caseta con el delgado hilo de luz blanca.

Una exclamación de horror escapó de sus labios. A pesar de su serenidad habitual, Young se sintió sacudido por un espasmo de angustia, de incrédulo espanto ante lo que la luz de la lámpara le reveló en toda su tremenda crudeza.

La mujer que le citara estaba allí, dentro de la caseta abandonada. Pero no podía responderle, por mucho que gritara. Jamás respondería ya a nadie.

Estaba muerta. Muerta de un modo espantoso, como lo estuvieron anteriormente Kate Mac Gregor y Stella Armfield. Muerta de forma feroz, sangrienta, brutal.

Esta vez, la habían degollado con tal energía, que su cabeza había sido casi separada del tronco. Colgaba lateralmente, sobre un baño de sangre que empapaba su garganta, sus senos, su cuerpo todo, entre ropas desgarradas. El tajo de arma blanca había sido profundo, casi como el efecto de una hoz.

Yacía acurrucada contra el muro de tablas polvorientas, los desorbitados ojos casi fuera de sus órbitas, el bello rostro contraído por el pavor. La testigo

de la muerte de Stella Armfield, jamás revelaría ya lo que sabía.

El doctor Young comprendió por qué le había llamado a él, por qué cambió ella de actitud después de conocerle. Había motivos para ello.

La muerta era Faye Hartman, la pelirroja muchacha de la tienda de discos del joven Neville Kebee.

CAPITULO VII

El aire fresco y húmedo de la noche azotó su rostro. Respiró hondo, tratando de rehacerse lo antes posible tras el espantoso hallazgo.

Le había bastado una simple mirada para comprender lo sucedido en toda su amplia dimensión. Antes de ser asesinada, la joven dependienta de Kebee había sido ultrajada, eso era obvio. Había huellas inequívocas de ello en el cuerpo semidesnudo y sangrante. Luego, tras abusar de la joven, el asesino o asesinos, procedieron a degollarla, como hacían siempre.

Tal vez siete u ocho minutos les bastó a los agresores, no sólo para cerrar la boca de un peligroso testigo, sino también para satisfacer en la infortunada muchacha sus sucios apetitos.

—No pagarían con todas las vidas que tuvieran —jadeó—. Lo malo es que si se les encuentra mentalmente enfermos, jamás se hará justicia en ellos. Irán a un centro psiquiátrico, hasta que cualquier día los liberen, al creerles curados... Como médico preferiría que no fuesen unos dementes, sino personas mentalmente sanas, responsables. Que pagaran sus delitos... Como psiquiatra, si fuese lo contrario, tendría que ser el primero en proteger sus vidas de la pena capital... ¿Es esto justo, realmente?

Se sentía confuso, aturdido. Regresó al interior de la caseta, examinó todo en derredor, a la luz de la lámpara, evitando mirar el cadáver. Antes de ausentarse y llamar al sheriff, quería comprobarlo todo, ver si, por una vez, existía un rastro, un indicio, por leve que fuese.

Su propia fortuna le sorprendió. Era demasiado bueno para creerlo.

Estaba allí. Brillaba a sus pies, a la luz de la lámpara. Justo ante el cadáver. Se inclinó. Lo tomó, cuidadosamente, con el pañuelo para proteger sus dedos. Lo alzó y examinó de cerca.

Era un botón. Un botón metálico, color dorado cobrizo, de los que se usan en chaquetas, chalecos o pantalones tejanos. Desprendido con hilachas azuladas, casi grises, de áspero dril. Tenía una gota de sangre en un borde. Sangre seca. De la muchacha.

Guardó el botón entre los pliegues de su pañuelo. Se incorporó, con una crispación en su rostro. Recordó algo. Unos pantalones tejanos. Un chaleco azul-gris, con botones dorados de ese tipo. Su memoria la fue fiel. Recordó quién era su dueño.

Rápido, abandonó la caseta. Montó en el coche y lo puso furiosamente en marcha. Se detuvo sólo un momento, ante una cabina de teléfono público. Entró en ella, marcando el número del sheriff, que figuraba en la lista de teléfonos de emergencia situada en la cabina. Una voz somnolienta respondió:

—Comisario Woolf, de la oficina del sheriff. ¿Quién llama?

—El doctor Coleman Young. Dígale al sheriff que acaban de cometer otro asesinato. Esta vez se trata de Faye Hartman, la dependienta de la tienda de discos de Neville Kebee. Está degollada y violada, en la caseta abandonada, a

espaldas de las cocheras de la terminal de autobuses. Es todo. Tengo que hacer ahora.

—¡Eh, oiga, espere, doctor...! —comenzó la voz excitada del comisario Woolf. Pero ya el joven psiquiatra había colgado, precipitándose de nuevo a su coche, y partiendo rápido hacia el lugar que tenía previsto. Pronto alcanzó la carretera general, y aceleró, en dirección al parador de los Jeffords.

Frenó delante del fluorescente parpadeante del lugar, aparcó con celeridad y saltó a tierra, precipitándose al interior del recinto. Desde el mostrador, un hombre delgado y medianamente calvo, le miró con sorpresa. Imaginó que era Gus Jeffords, el padre del tímido Jim.

—Hola, amigo, ¿tiene prisa? —Indagó el cantinero—. Aun me falta más de una hora para cerrar, sí es por eso por lo que corre...

—No, no es por eso —Young miró en torno. No había nadie más en el local, pero observó sobre la máquina del millón un bote de cerveza abierto. Lo tocó. Estaba sin vaciar aún. Y todavía frío. Miró a Gus Jeffords—. ¿Quién anda por aquí?

—Sólo ese chiflado de Mitch —dijo el cantinero, encogiéndose de hombros—. Siempre jugando en esa máquina... Llegó hace un momento y se puso a jugar. Está en el lavabo ahora. ¿Por qué lo pregunta, señor? ¿Ocurre algo?

—Lo peor del mundo —masculló el psiquiatra secamente—. Mataron a otra mujer ahora.

—¡Cielos!... —Gus palideció, mirando con estupor al médico de Los Angeles—. ¿A quién?

—No sé si la conocía: Faye Hartman, la dependienta de la tienda de discos de Kebee —observó que el hombre del parador se demudaba más aún, pero no le dijo más. En ese momento, Mitch salía el lavabo, subiéndose la cremallera de sus jeans gastados y descoloridos.

—Oh, hola, doctor —saludó fríamente, mirándole con gesto de sorpresa y recelo—. ¿De nuevo por aquí? ¿Es que usted no duerme nunca?

—¿Y tú, Mitch? ¿Tampoco duermes? —replicó incisivo Young. Se aproximó a él—. ¿De dónde vienes ahora?

—Del cine. ¿Pasa algo? —arrugó el ceño, malhumorado—. Oiga, ¿quién es usted para meterse en mi vida? Déjeme pasar. Estoy jugando en esa maldita máquina y...

—Espera —le frenó en seco Young, aferrándole por una manga. Con la otra mano, tomó su chaleco de dril. Lo aferró, examinando sus botones metálicos.

Faltaba uno. Se veía el orificio deshilachado donde antes estuvo.

—¿Qué diablos hace, doctor? —Se irritó Mitch—. Suélteme o...

—¿O qué, Mitch? ¿Vas a matarme acaso, como hiciste esta noche con Faye Hartman en aquella caseta de la terminal de autobuses? ¿O como mataste a Stella Armfield, silbando una canción de Bob Dylan? ¿Dónde está ese botón que te falta? ¿Te lo arrancó esta noche

Faye Hartman, al forcejear contigo para no ser violada y muerta?

Mitch palideció horriblemente. Miró con ojos desorbitados al médico, y de repente lanzó un aullido, y disparó su puño contra Young.

Era un mazazo brutal que, de haberle alcanzado en el mentón, hubiese dejado groggy al psiquiatra. Pero éste demostró una gran rapidez de reflejos y una sorprendente agilidad. Eludió el impacto, y el puño de Mitch se perdió en el aire. Rápido, Young conectó a su vez un zurdazo seco contra el plexo solar del joven, y le lanzó dando trompicones contra la máquina del millón, que tintineó y se quedó en *tilt*.

Rápido, Mitch tomó alientos y aferró un taburete próximo, arrojándolo contra el médico, al tiempo que el cantinero Jeffords gritaba, corriendo al teléfono, sin duda para avisar al sheriff.

Coleman Young recibió el golpetazo del taburete en el hombro, gracias a que escabulló su cabeza con prontitud. Pese a ello, se tambaleó, mientras se astillaba el objeto de madera, y sintió un vivo dolor en su hombro. Aun así, se rehízo, y en el momento en que Mitch intentaba la fuga del parador, se lanzó en zambullida hacia sus piernas y le derribó cuan largo era, estrellándolo contra el muro.

Mitch, sorprendido por la fortaleza y agilidad de su adversario, se rebulló, jurando soezmente, y logró encajar en el rostro de Young un patadón formidable. El psiquiatra creyó que le estallaba en la nariz un cartucho de dinamita, y cayó de costado, sintiendo correr la sangre por sus fosas nasales.

Aturdido, se vio obligado a soltar al joven y vigoroso muchacho. Este se lanzó sobre la vidriera del parador, destrozándola con su impulso, y saltando al exterior violentamente.

Desesperado, Jeffords marcaba el número de la oficina del sheriff, mientras el médico, tambaleante, se ponía en pie, reteniendo lo mejor posible la hemorragia de su nariz, para lanzarse en pos de Mitch Jones que, como una exhalación, se perdía ya en la noche, al otro lado de la carretera, en un sprint realmente formidable.

—¡Avise al sheriff de lo sucedido, Jeffords! —Gritó Young, corriendo a la salida—. ¡Yo voy tras ese chico! ¡Segura mente es uno de los asesinos!

Dejó atrás la cantina, cruzando la cinta de asfalto y buscando por la espesura de la cuneta opuesta el rastro que le indicara por dónde había escapado Mitch.

No le costó encontrarlo. Unos arbustos se agitaban aún, levemente. Y ahora no corría brisa alguna en la madrugada. Young corrió en esa dirección, seguro de dar con la ruta seguida por el sospechoso. No estaba equivocado. Aquél era el camino. Incluso oyó el crujido de hojarasca, el chasquido de ramajes, en algún punto ante él, allá en la oscuridad.

Aceleró, procurando no tropezar ni caer. Ni tampoco desviarse de su ruta en pos del fugitivo. Apartó una serie de ramajes, salvó un matorral de un salto, en una oscuridad que se hacía por momentos más profunda No vaciló en encender su linterna y proyectar adelante el chorro de luz.

Este barrió los arbustos y reveló la presencia del que escapaba ante él. Las zancadas de Mitch eran rápidas y fuertes, pero no estaba ya tan lejos como al principio. Young también era ágil y veloz. Iba ganando terreno.

El muchacho se volvió, jurando entre dientes, cuando se sintió alumbrado. Su rostro era una mancha pálida en la sombra. Estaba desfigurado, no se sabía si furioso o aterrorizado. La ráfaga de luz de la lámpara de Young, le siguió unos momentos.

Luego, Mitch salvó otro matorral con un aullido de rabia. Apenas llegó al otro lado, sonó la estruendosa detonación, despertando ecos violentos en el boscaje Algunas aves asustadas, levantaron el vuelo.

Un alarido desgarrador, como el berrido de un animal moribundo, brotó allá, entre los matojos, al tiempo que algo golpeaba sordamente el suelo. Young se paró en seco, repentinamente alarmado. Oyó cómo rebotaban allá lejos los ecos del estampido. Su oído era agudo. Creyó identificar perfectamente aquel sonido.

—Un disparo de escopeta —dijo—. Un arma de caza...

No dudó en avanzar, rápido pero cauteloso, y adoptando precauciones. Hizo muy bien en esto último. Súbitamente, hubo revuelo de matorrales frente a él.

Young se dejó caer de bruces a tierra, inmediatamente.

Un huracán de perdigones pasó sobre él, en medio de un estruendo ensordecedor. Luego, se alejaron rápidas pisadas en el bosque, mientras el olor a pólvora lo invadía todo, y Young comprendía que acababa do salvar su persona de una descarga mortal de necesidad.

Se incorporó, vacilante, sin saber si perseguir al agresor o no. Si el tipo tenía más cartuchos, estaba perdido. Le mataría sin remedio. Cuando se decidió a tomar una decisión heroica, era tarde. Ya no escuchó ruido alguno en la campiña.

Salvó los matorrales, y se decidió a encender la luz, aunque sabía lo arriesgado que ello podía ser. Su linterna barrió el suelo. Se detuvo sobre aquella nueva escena de horror. Reculó un momento, sintiendo un escalofrío.

No era agradable de ver el cuerpo del joven Mitch, con sus prendas tejanas, con su flaca figura tendida encima de la hojarasca, con el pecho reventado por una bocanada de perdigones a bocajarro. El rostro era una máscara convulsa, blancuzca y estremecedora, donde el horror y la incredulidad se mezclaban en un apocalipsis expresivo.

No hacía falta examinarle para saber que debió morir apenas recibió el terrible disparo de la escopeta de caza. De un bolsillo de sus jeans, había escapado una navaja automática de negro mango. Ya nunca volvería a utilizarla.

* * *

«Pánico en el condado de Estrella.

Tres mujeres asesinadas con una navaja barbera.
Un joven muerto de un disparo de escopeta de caza.
¿Qué sucede realmente en nuestra comunidad?
¿Qué hace la ley?»

Eran titulares explosivos. Y agresivos también. Al sheriff Travers no iban a gustarle mucho. Fotografías de las tres muchachas muertas y del propio Mitch, ilustraban aquella edición especial del Daily Clarion. Una edición que anticipaba su salida habitual al mediodía, y que iba a venderse como un best-seller. La ciudad hervía en excitación. Y Priscilla tenía razón en algo: también en terror.

Terror a lo desconocido. Terror a la ola de sangre, muerte y violencia.

Terror a algo que no entendían.

El sheriff Travers llevaba horas enteras dedicado a una tarea febril, tras la doble tragedia de aquella madrugada. Pero, evidentemente, no debía tener mucho éxito en sus esfuerzos. Priscilla le había visto pasar con su coche, malhumorado y nervioso, en diversas ocasiones durante el día.

Algunos establecimientos de Cedarville habían cerrado en señal de luto. La gente caminaba rápida por las calles, como temerosa de estar fuera de sus casas incluso a pleno día. Seguro que la llovizna y el día gris y plomizo nada tenían que ver con su premura y con su aire sombrío, preocupado. A veces, miradas furtivas eran dirigidas en derredor, especialmente por las mujeres jóvenes.

El clima de terror era latente. Se respiraba en todas partes, como algo tangible. Posiblemente a partir de aquella noche, nadie se arriesgara a deambular por parte alguna. El espectro del asesino flotaba por doquier. Aunque Mitch Jones hubiera sido uno de los dos, como todos parecían suponer, ¿dónde estaba el otro? ¿Quién era el que había vaciado una escopeta de caza sobre su pecho, matándole en el acto?

Jason Kane entró en la redacción, despojándose de su impermeable, brillante por la lluvia. Miró sombríamente a su sobrina, y suspiró, encaminándose al fondo de la oficina.

—La gente está arrancando de manos de los vendedores el diario —suspiró—. Creo que todos temen leer lo que publicamos, pero necesitan hacerlo, pese a todo, Priscilla.

Ella asintió en silencio, dándole vueltas a uno de los rotuladores entre sus dedos. Contempló la calle lluviosa y triste, con aire pensativo.

—Es una locura todo lo que ocurro —musitó—. Un baño de sangre absurdo y cruel, tío Jason.

—La muerte siempre parece algo absurdo cuando se produce súbita, violentamente —sentenció su tío con voz cansada—. Pensar que Mitch Jones era uno de ellos...

—El botón metálico que halló en el lugar del crimen el doctor Young, parece probarlo definitivamente. Y el hecho de que su compinche le asesinara,

también. Es obvio que el otro tuvo miedo de que hablase, si caía en manos de Cole, y le mató.

—Con lo cual, el más peligroso de los dos muchachos, sigue en libertad, y ni siquiera sabemos quién es —apunto Jason Kane amargamente—. Yo me pregunto quién, quién puede ser...

—Eso se lo pregunta todo el mundo, tío. Pero después de lo ocurrido, las sospechas se centran en dos personas, especialmente.

—¿Quiénes?

—Budd Kelly, el chico de la farmacia, y Neil Morgan, el fotógrafo. Especialmente en este último. Es un muchacho raro. Le gustan demasiado las mujeres, pero de un modo enfermizo. Disfruta fotografiándolas desnudas. Creo que el sheriff ha encontrado en su estudio centenares de fotografías clandestinas, hechas a mujeres jóvenes de Cedarville, a través de ventanas o vidrieras, con teleobjetivo, y desde los puntos más extraños y difíciles. En todos los casos, las sorprendió en su intimidad, semidesnudas o sin prenda alguna encima.

—Eso no quiere decir nada. Hay gente obsesionada por el sexo, pero ello no significa que puedan llegar a matar por ello, Priscilla.

—Ya lo sé —ella se puso en pie, con leve irritación—. Creo que voy a hacer algo. No puedo soportar el seguir aquí pensando y pensando. Necesito actividad.

—¿No has tenido ya suficiente con el trabajo extra de lanzar esa edición, querida? —le hizo notar su tío Jason.

—No, creo que no. Veré si encuentro a Cole. Debe andar por ahí, investigando.

—Déjale que trabaje solo. ¿No es lo que le pediste tú, precisamente?

—Sí, pero no puedo controlar los nervios. Voy a hacer cualquier cosa que me permita desahogarme y no pensar. Hasta luego, tío.

—Ten cuidado. No te pases todo el día por ahí, especialmente si oscurece —le avisó él—. Ninguna muchacha, joven debe andar por las calles de noche. El sheriff Travers lo ha advertido así por la emisora local.

—Estaré aquí cuando aún sea de día, lío. No quiero arriesgarme tontamente.

Abandonó la redacción. Poco después, Priscilla Kane se encaminaba a las proximidades del parador de los Jeffords. No había querido decirle nada a su tío, pero reflexionando sobre los hechos, había recordado que vio a Mitch Jones en algunas ocasiones deambulando por el bosque inmediato al parador, donde los jóvenes de su pandilla y él mismo acostumbraban a reunirse, junto al arroyo. Había allí un viejo chozo que usaron de niños en sus juegos de fingidas aventuras, a lo Tom Sawyer, y quería curiosear en aquel punto, movida por un presentimiento.

* * *

Seguía estando allí, como siempre estuvo. Era apenas un chamizo formado con tablas claveteadas por ellos mismos. En el recodo más solitario del arroyo, y rodeado por los árboles y matorrales, constituía el refugio ideal para los niños ávidos de fantásticas aventuras lejos de la rutina diaria. Últimamente quizá lo utilizaban para cosas menos inocentes, como podía ser fumar marihuana o llevarse a alguna chica fácil.

Primilla se detuvo ante la casucha, escuchando atentamente. Alrededor, en la tarde nublada y lluviosa, sólo eran perceptibles los sonidos de algunas aves ateridas de frío, y el gotear de la lluvia en la hojarasca. El suelo era blando y húmedo.

Alcanzó el chamizo y empujó su puerta de tablas mal ajustadas. Cedió ésta, con un largo chirrido de las bisagras oxidadas. Del interior llegó un olor indefinible a abandono y suciedad.

También había fotografías en las paredes, arrancadas de revistas de adultos, con profusión de posturas lascivas en mujeres de grandes senos y curvas pronunciadas.

Incongruentemente mezcladas con ellas, fotografías de ases del béisbol o del baloncesto. E incluso una fotografía de Nixon que les servía para blanco de dardos.

Priscilla se movió con cierta aversión en la sucia penumbra de aquel cubículo de madera. Había algo soez y repulsivo en las aficiones de aquellos muchachos. Una parte de la juventud americana no respondía, ciertamente, a las esperanzas puestas en su generación. Había allí navajas, barras de hierro cortadas e incluso un viejo revólver que aún podía funcionar, pese a estar algo oxidado.

En una carpeta, Priscilla halló un manojo de fotografías en cartulina brillante. Eran, obviamente, copias facilitadas por Neil Morgan. Todas ellas eróticas, cuando no decididamente pornográficas. Incluso había llegado a fotografiar a sus amigos, cuando estuvieron allí con chicas. El resultado era repulsivo. Priscilla las apartó con rapidez.

Y de pronto se encontró con una vieja bolsa de tela color caqui, como las de los soldados. Escrito a tinta, aparecía un nombre en ella: Mitch

Dentro aparecieron algunos objetos significativos: una navaja barbera, que contempló con ojos horrorizados. Estaba limpia, lustrosa, sin señales de sangre. Aun así, era escalofriante verla allí. Junto con la navaja, una muñeca hinchable, ya deslucida y sucia, con bigotes pintados de azul sobre la cara despintada. Y una fotografía ampliada de alguien que hizo pestañear a Priscilla Kane.

Era una mujer joven y atractiva, con aire distinguido, pelo rubio oscuro, ojos claros y cuerpo escultural. Sin duda, Mitch la hizo. Estaba saliendo de una ducha, junto a una piscina, medio desnuda, cubierta con una toalla sólo a medias. Había algo escrito al pie.

Era Evelyn Kebee, la esposa del alcalde. La madrastra de Neville.

Tan absorta se quedó Priscilla contemplando aquella insólita fotografía,

que no captó el roce en el exterior, junto a la cabaña. Esta vez no era la lluvia.

Eran unos pies deslizándose sigilosamente sobre la hojarasca mojada.

Unos ojos malignos se clavaron en su espalda, desde los matorrales y arbustos, tras los que se movía lentamente la figura humana. Destelló la luz gris del día, al quebrarse sobre la rectangular hoja de acero de una navaja barbera...

Los pasos se movieron hacia Priscilla lenta, silenciosa, inexorablemente.

Ella, con la fotografía de Evelyn Kebee en sus manos, seguía sin advertirlo.

CAPITULO VIII

Dobló la fotografía y la guardó bajo la gabardina. Luego extendió la mano, para recoger un último objeto hallado en la mochila color caqui de Mitch. En realidad eran dos objetos en uno solo. Un llavero, con las iniciales muy visibles, grabadas, en metal. En vez de llevar colgando unas llaves, era otro llavero el que pendía de aquel. Pero éste tenía un nombre grabado sobre plata. Evelyn.

También guardó eso Priscilla, mientras a su espalda, pausadamente, los pies de alguien se movían, se deslizaban sobre ramajes y hojas secas, que la lluvia había empapado, la navaja barbera en ristre, los ojos inyectados en sangre...

Ella suspiró, incorporándose. Dejó todo tal como lo hallara, con la excepción de los objetos que había tomado consigo. Algo, una vaga idea confusa, se agitaba en el fondo de su mente, pero todo era demasiado complejo para verlo totalmente claro.

Se dispuso a retirarse. Unos pies, súbitamente, pisaron las tablas del suelo del chamizo. Una sombra se precipitó sobre ella.

Priscilla se volvió, lanzó un grito agudo, llena de terror, mientras las manos del desconocido aterraban sus hombros, en la soledad de la aislada cabaña.

—¡Oh, Cole, es usted! —gimió, con profundo alivio, al reconocerle.

Coleman Young sonrió, aunque tenía serio el semblante, al aferraría por los hombros con energía.

—Priscilla, ¿qué hace aquí? —preguntó ásperamente—. ¿Por qué ha venido sola?

—Yo... yo... —ella respiró hondo, tragó saliva, recuperándose de su repentino terror—. Sabía que existía este refugio. Me acordé de repente y vine a ver si hallaba algo importante...

—Yo no lo sabía. Debimos venir juntos, Priscilla. Gracias a que Bud Kelly habló de él, he tenido conocimiento de su existencia y he venido en seguida... ¿Hay realmente algo, aparte toda esa porquería?

—Sólo mas porquería —Priscilla, sin saber la razón, mintió, ocultando sus hallazgos. Interiormente tal vez estaba pensando ganar la partida a Travers y al doctor Young, y demostrar que era más lista que ellos—. Puede buscar. Cole. No creo que sea gran cosa.

—Está bien. Lo veremos. Y nos iremos juntos de aquí usted y yo, Priscilla. No quiero que corra usted el me* de buscar, Cole. No creo que sea gran cosa.

Afuera, una sombra furtiva comenzó a alejarse entre los matorrales. Unos ojos de mirada enfurecida, contemplaron con odio al recién llegado. La navaja se dobló, volviendo al bolsillo del merodeador. Finalmente, éste se perdió en la espesura, sin que ni Priscilla ni Young llegasen a advertir o sospechar su siniestra presencia.

* * *

Evelyn Kebee contempló con sorpresa a su visitante. Cerró lentamente la puerta, tras hacerla pasar.

—Señorita Kane, ¿a qué debo el honor de su visita? —indagó—. ¿Es acaso paro una entrevista periodística?

—No, creo que no es eso exactamente, señora Kebee —negó Priscilla, acomodándose en el confortable living de la residencia de los Kebee—. El motivo que me trae aquí es otro muy diferente.

—¿Cuál? —se extrañó la esposa del alcalde, cuya majestuosa figura de mujer aún joven y atractiva se aproximó a la repórter, acomodándose luego en un sofá.

—Señora Kebee, ¿usted conoce esto?

Extrajo del bolsillo los dos llaveros unidos. Se los mostró a la dama. Ella los miró, palideciendo levemente.

—Mi llavero... ¿Dónde lo encontró?

—Su llavero, señora Kebee, está con otro llavero. Y las iniciales del otro son N. K. Obviamente, corresponden a su hijastro, Neville Kebee, ¿no es cierto?

—Pues... sí. Eso parece —se agitó inquieta, preocupada. Priscilla notó que estrujaba sus manos nerviosamente, sobre el regazo—. ¿Pero qué significa eso?

—He venido a que usted me lo diga, señora.

—¿Yo? No tengo la menor idea... Neville y yo., no nos llevamos muy bien. Apenas si nos hablamos. No me perdonó que ocupara el lugar de su madre. Ocurre a veces. Su padre lo comprende y se lo tolera. Yo también. No le guardo rencor.

—Sí, conozco esa versión de los hechos. Señora Kebee. ¿No será más cierto que su hijastro no le perdona que usted, tan joven y bella, ocupe el lugar que dejó su madre en esta casa... porque él no la mira como a una madrastra, exactamente?

—¡Señorita Kane! —pareció ofenderse—. ¿Qué está sugiriendo?

—Nada que afecte a usted, señora. Hablo de Neville solamente. El dice odiarla, pero en realidad son muy otros y mucho más complejos y extraños sus sentimientos. Para él, usted no es la esposa de su padre, sino una mujer que... que le atrae, aunque no quiera reconocerlo.

—Cielos, eso es... es monstruoso —protestó ella.

—Lo es. Pero usted no lo ignora. Sabe lo que sucede. Su hijastro le quitó ese llavero para tener algún recuerdo suyo. Para llevar consigo algo de usted.

—¡No siga por ese camino! No me obligue a echarla de mi casa, señorita Kane.

—No hubiera querido mostrarle esto, pero ya que se obstina en negarlo, véalo. Y dígame luego de quién es la letra escrita sobre esa fotografía que

alguien obtuvo de usted subrepticiamente, señora Kebee.

La mujer del alcalde contempló ahora la cartulina brillante, plegada, que Priscilla extendía ante ella. Palideció al reconocerse en aquella situación. Y más aún al fijarse sus ojos en aquellas palabras escritas con rotulador:

> «Evelyn: te odio por tenerte tan cerca, por amarte y desearte tanto... y por no poder alcanzarte jamás. ¡Oh, mi Evelyn!

Era el texto. Ella tembló. Cerró los ojos, angustiada. Priscilla insistió:

—Lo siento, señora. Era necesario. Es la letra de Neville, ¿verdad?

Asintió ella con la cabeza, sin alzar sus párpados. Parecía rota, deshecha. Y era comprensible.

La periodista no se ensañó con ella. Se puso en pie, tras entregarlo todo a la dama.

—Será mejor que usted misma destruya todo esto. Alguien se lo hurtó a su hijastro y lo guardaba con algún motivo. Pero ese alguien está muerto ahora...

—¿Mitch? ¿Mitch Jones? —preguntó ella, temblándole la voz.

—Sí. —Priscilla la miró fijamente— ¿Por qué lo sabe?

—Por... por nada —jadeó la dama— Neville... Neville era amigo suyo, aunque siempre ocultó que se tratase con tal clase de muchacho... Muy amigos los dos, señorita Kane... Desde que supe lo de Mitch... he sospechado lo peor de Neville

—Tal vez sea a él, quien busca la policía. Una frustración, una pasión culpable que no se satisface, un odio mezclado con complejos de Edipo... si, podría ser él. Pero eso no prueba nada. Ni el llavero ni la fotografía, señora. Si fuese el criminal, hubiera ido adonde fui yo... y recogido esos objetos, si sospecha quién se los robó

—Tal vez. Pero no puedo dejar de pensarlo, señorita Kane. Me... asusta la proximidad de ese chico. Quisiera amarle como una madre... y me da miedo.

Sonó el teléfono en ese momento. Ella respiró hondo. Descolgó. Priscilla la oyó hablar con voz firme. Pero de repente vaciló, rompió en sollozos. Y colgó

—¿Le ocurre algo? —Demandó la joven periodista— ¿Puedo ayudarla?

—No, gracias. Nadie puede ayudarme. El sheriff Travers era quien llamaba. Acaban de arrestar a Neville... como sospechoso de asesinato.

—Lo siento, amigos. No pienso volverme atrás. Neville seguirá encarcelado, aunque su padre mueva todas sus influencias para sacarle de allí. Voy a acusarle de asesinato de un modo oficial.

Y el sheriff Travers, tras expresarse con esa contundencia, se quedó mirando, belicoso, a Priscilla y a Jason Kane, así como al joven doctor de Los Angeles.

—¿En qué se basa, exactamente, para tal acusación, sheriff? —quiso saber Young.

—Mire, doctor, su psiquiatría no me sirve de gran cosa. Admito que usted

logró dar con Mitch, aunque ello no sirviera de gran cosa, pero eso es todo. Neville era sin duda el cerebro de la pareja. El elegía las víctimas y dirigía la sangrienta operación. Es un joven: extraño e introvertido. Se cree superior, y se consideraba en la mayor impunidad por ser quien es. Ahora verá que no es así.

—Pero han de existir pruebas, evidencias...

—Las hay; Neville Kebee era muy amigo de Mitch, pero secretamente. Lo eran desde hacía años, aunque Neville lo ocultara a todo el mundo. Mitch le había hecho muchos trabajos sucios, a cambio de dinero y por su vieja amistad, bastante rara después de todo. Mitch se hubiera dejado matar por serle útil a Neville. El, sin embargo, no quiere a nadie. Le interesa utilizar a todo el mundo en su propio beneficio, y nada más.

—Eso no es de por sí una prueba, y usted lo sabe —insistió Young.

—Presentar las pruebas al fiscal del distrito es asunto mío, doctor —replicó Travers, agresivo—. Bástele saber que llevaré adelante el asunto, y se habrán terminado los crímenes sexuales en el condado de Estrella.

—El doctor tiene razón —apoyó Priscilla—. Podría haber otra persona, tan amiga de Mitch como Neville, y que fuese quien realizara las agresiones en compañía de Mitch.

—Mire, Priscilla, no venga ahora apoyando a su doctor amigo. Neville carece de coartada para todas las ocasiones en que hubo un crimen. Se han hallado ropas con sangre en un cubo de la trastienda de su negocio de discos. ¿Hace falta más?

—Sangre... —repitió Young, pensativo—. Claro. Siempre se tuvieron que manchar de sangre cuando atacaron a sus víctimas... Es elemental, no hay duda.

—Elemental, usted lo ha dicho —se mostró secamente satisfecho el sheriff —. Ahora, señores, les dejo. Este asunto ha concluido, afortunadamente. Ha terminado de modo definitivo.

Y con aire complacido, dirigiendo una mirada irónica al psiquiatra, abandonó la redacción del Daily Clarion. Los Kane y el doctor Young se miraron entre sí, pensativos.

—Así es Travers —rezongó Jason Kane, sacudiendo la cabeza—. No hay quien le saque de ahí, aunque Kebee sea tan inocente como una paloma. Bien, ¿vamos a cenar? Creo que no ganaremos nada discutiendo ahora el asunto.

En silencio, se encaminaron los tres al piso alto. El rostro del doctor Young, revelaba una evidente contrariedad. Sus ojos ensombrecidos distaban mucho de reflejar la satisfacción de ver terminado aquel siniestro rosario de asesinatos sangrientos.

* * *

El teléfono despertó bruscamente a Priscilla.

Se incorporó, sorprendida. Miró el aparato telefónico sobre su mesilla,

tratando de salir del aturdimiento de su brusco despertar. Finalmente, tomó el aparato.

—¿Sí? ¿Quién llama...? —demandó—. Soy Priscilla Kane.

—Señorita Kane... —una voz femenina, débil, sonó al otro extremo del hilo—. Perdone que la moleste a estas horas de la noche. He descubierto algo trascendente...

—¿Quién es usted? Creo conocer su voz, pero..

—Soy Evelyn Kebee —informó la voz—. Por favor, escúcheme y no pierda tiempo. Creo que he dado con la verdad. Tenía que hacerlo. Tras marcharse usted de casa y conocer la detención de Neville, recordé algo. Fui a comprobarlo... y mis suposiciones eran ciertas. Por el amor de Dios, venga lo antes posible. Puede ser vital para Neville, para muchas otras personas. Venga, por favor. La espero. Ahora mismo, señorita Kane.

—¿Ahora? —Priscilla miró su reloj. Parpadeó. Eran las dos de la madrugada—. ¿Adónde, señora Kebee?

Ella se lo dijo. Priscilla asintió, dominando su sorpresa.

—Estaré ahí en seguida. Lo que tarde el coche. En menos de quince minutos, espero. Tenga mucho cuidado. Puede peligrar su vida...

—De hecho, peligramos todas —susurró la señora Kebee—. ¡No se demore, por favor!

Colgó Priscilla. Escuchó, al incorporarse. Ni su tío, trabajando en la redacción a aquellas horas, ni el doctor Young, durmiendo en la habitación de los huéspedes, habían debido oír nada. El silencio en la casa era absoluto. Se vistió con rapidez, se puso una gabardina y un pañuelo a la cabeza, y salió rápidamente, pasando la puerta posterior para salir al jardín y sacar el coche del garaje. Se alejó a toda velocidad en la noche, en dirección al punto donde la esperaba la señora Kebee.

Ahora, también ella creía saber quién era el segundo sádico asesino, el camarada de Mitch Jones en los horrendos asesinatos cometidos.

* * *

Los faros del coche se apagaron.

Una profunda, total oscuridad, envolvió el paraje, cuando suavemente rodó el vehículo hasta doblar la curva, desviarse hacia el arcén y luego descender mansamente por la inclinada cuneta, hasta parar finalmente junto a unos arbustos.

Del interior del coche, cautelosa, emergió la figura femenina. Tan sólo un vago reflejo lejano, quizá procedente de algún anuncio de la ruta, era visible en la noche oscura y lluviosa. Fue la única guía que tuvo Priscilla Kane para desplazarse en la sombra, a través de matorrales y setos, hasta el muro del edificio.

Por su parte posterior, la pared era una superficie de ladrillos rojos, sin otra abertura que una pequeña puertecilla metálica, sobre la que se había escrito

con un pincel mojado en pintura negra, sin demasiado esmero: «Prohibida la entrada».

Pese a ello, la puertecilla estaba entreabierta. Como una invitación a entrar.

La periodista miró en torno, preocupada. La ausencia de ruidos o de señales de alguna presencia humana, no bastaban a tranquilizarla. Sabía que esto era peligroso. Muy peligroso. Pero tenía que hacerlo.

No sólo su vida estaba en juego en estos momentos. También la de otra persona: Evelyn Kebee, la madrastra de Neville.

Empujó levemente la hoja metálica. Esta produjo un chirrido levísimo, pero a Priscilla se le antojó estrepitoso. Volvió a mirar en derredor. Lamentó no tener un arma consigo. Llevaba solamente la llave inglesa del coche, pero poca cosa podía ser eso, frente a un sádico armado con una navaja de afeitar.

—¡Evelyn!... —llamó—. ¡Evelyn! Señora Kebee, ¿está usted ahí?

Apenas si era un murmullo, pero estuvo segura de que ella tenía que oírla. Aquel lugar estaba lo suficiente silencioso para que los sonidos se amplificasen. Además, el edificio donde quedara citada con ella era amplio y, sin duda, lo bastante vacío para que cualquier voz retumbara huecamente en su interior.

Insistió, asomando la cabeza. Notó que su murmullo rebotaba en los altos muros, amplificándose. La señora Kebee, si estaba allí, tenía que oírla forzosamente. Se aventuró, pisando el interior del recinto con decisión.

Inmediatamente tuvo que arrepentirse de ello.

La puerta metálica se cerró de golpe a su espalda. Quedó hundida en la oscuridad más profunda. Se desplazó en ella, exhalando un grito ronco, y tropezó con una pila de cajas.

Entonces se hizo la luz. Una débil bombilla amarillenta, de unos quince watios, brilló sobre su cabeza, colgada del alto techo. El almacén aparecía polvoriento y destartalado. Las sombras se acentuaban siniestramente bajo aquella luz paupérrima. Pero bastaba para descubrir los detalles alucinantes de aquel recinto convertido en un infierno.

Los ojos dilatados de Priscilla Kane descubrieron, antes que nada, lo que quedaba de Evelyn Kebee, allá en un rincón, entre cajas de botellas de cerveza y botes de bebida de cola.

La sangre fluía abundante de un profundo corte en su pecho izquierdo, que debió alcanzar su corazón, partiéndolo en dos. Había perdido mucha sangre, que se deslizaba por el suelo, como un arroyo escarlata, mezclándose con el polvo en un fango viscoso. El rostro de la infortunada era una máscara de horror.

Luego, Priscilla descubrió al muchacho de la navaja barbera. Esta aparecía manchada de sangre. La mano de su dueño temblaba, como si estuviera profundamente asustado, en vez de ser ella quien lo estuviera. La miraba con ojos enrojecidos, con expresión indefinible en su rostro, pálido y desencajado. Había espuma en las comisuras de sus labios lívidos.

—Tú... —susurró Priscilla Kane, dominando su pavor—. Tú, muchacho...

Pero ¿por qué, por qué...?

—Tenía... tenía que hacerlo, ¿no lo comprende? —La mano de la navaja bailoteaba como en un trance epiléptico—. No me mire así, por el amor de Dios. ¡Tenía que hacerlo, demostrar que yo también puedo hacerlo, que soy fuerte, muy fuerte...! Además, ella... iba a delatarme. Ella sabía... Ella iba a decírselo a usted, a todo el mundo...

Y la voz de aquel asesino, en vez de sonar poderosa y cruel, temblaba entre sollozos, al borde de la histeria. Priscilla avanzó hacia él, cauta, preparando su llave inglesa para golpearle, en cuanto tuviera un momento de descuido.

—Vamos, vamos, Jim —trató de consolarle—. Yo sé que siempre fuiste un buen chico... Tuvo que ser Mitch. Mitch fue quien te metió en esto, ¿no es cierto?

—Sí, fue Mitch... Siempre... Siempre se burlaba de mí —sollozó Jim Jeffords, patético—. Decía que yo no serna para nada, que no era un hombre, que nunca lo sería. Que debía aprender de él, que era el más hombre de todos en Cedarville...

El tímido muchacho hijo de los dueños del parador de carretera parecía a punto de estallar en llanto. Priscilla se aventuró, se aproximó a él un poco más, al tiempo que trataba de distraerle con sus preguntas suaves, dulces, amables:

—Pero tú eres amigo de Kate... La querías... ¿Por qué le hiciste aquello, Jim?

—Yo... ya no quería a Kate. Ya no. Ella también se había burlado de mí —el llanto corría por sus mejillas—. Decía que yo era un mariquita, un impotente.. Kate nunca debió decir eso. No debió reírse... Ella tampoco... era pura. Le gustaban los chicos, quería entenderse con los que le atraían más... ¡Se burló de mí, me ofendió! Desde entonces la odié... y quise que viese lo hombre que era... Seguro que lo vio... antes de morir...

—Jim, ¿crees que fuiste más hombre por violarla., y asesinarla? ¿Lo crees así?

—¡No! —chilló Jim, airado—. ¡Yo no la maté! ¡No la violé! ¡No hubiera podido hacerlo! Ella tenía razón... Yo no puedo, aunque quiera... Soy... un enfermo. Mi madre nunca me quiso curar, nunca me llevó al médico aunque se lo aconsejaron. Y ahora es tarde, ¿sabe? Ahora... ya no puedo ser hombre... nunca más...

Eli ese instante lo intentó Priscilla. Saltó hacia él con la llave en alto, para golpearle. Se equivocó. Jim sollozaba, histérico, pero no era tonto. Y era rápido.

La frenó con su antebrazo izquierdo y la golpeó con el derecho, brutalmente, sin usar la navaja. Ella cayó atrás, de sus dedos escapó la llave inglesa, que se perdió por algún rincón de entre los cajones del almacén. Jim fue hacia ella, crispado, furioso, como si el nuevo desengaño le prestase mayor crueldad.

—Usted me engañaba... —silabeó—. Quería darme caza, como todos...

Priscilla chilló. Lo más fuertemente que pudo. Jim se echó a reír, enarbolando malignamente la navaja ante ella.

—Grite, grite... Nadie la oirá. Mis padres están esta noche en casa de unos parientes, en South View. No vendrán hasta mañana. Estamos solos... Solos los dos..

Priscilla, sintiendo erizar de horror sus cabellos, se vio venir hacia ella al segundo de los sádicos de Cedarville. Al aparentemente ingenuo y amable Jim Jeffords, el compinche de Mitch Jones.

CAPITULO IX

Sus gritos eran inútiles, poro no podía evitar que su garganta los exhalara, en un desesperado esfuerzo por llamar la atención de alguien, por salvar la vida de los acosos de aquel maníaco sexual.

Jim reía, siguiéndola navaja en ristre, dispuesto a hacer con ella lo que hizo con la infortunada Evelyn Kebee. Daba saltos, como si gozara de su tortura, y la joven comprendió la clase de siniestra y malvada diversión que complacía al muchacho, como sin duda le ocurriera también a Mitch. Su goce mayor era provocar el miedo, ver el pánico y la angustia en el rostro de sus víctimas, herirlas sutilmente, poco a poco, hasta llegar al paroxismo final, a la orgía de sangre.

—No tema, no tema... —reía el demente, acercándose a ella más y más, por aquel almacén que conocía como la palma de su mano—. No sufrirá... Un golpe al corazón... y eso será todo. Mitch se hubiera divertido más, seguro... El siempre se divertía mucho. Y gozaba con sus víctimas... Yo sólo podía limitarme a mirar. Siempre a mirar... Pero era feliz, siempre lo he sido, cuando una de esas malditas mujeres que nunca podré poseer, caía a nuestros pies implorando piedad.

—Pero, Jim... Ellas... fueron ultrajadas por dos hombres distintos, lo dijo la autopsia . Tuviste que ser tú el... el otro . Por tanto, no eres impotente, Jim.

—¡Miente! ¡Todos mienten! —rugió Jim. ¡Yo no podía tocarlas! Sólo ensañarme con ellas, como Mitch... ¡Pero nada más! ¡No puedo! ¿Es que no lo entiende? ¡No puedo!

En ese momento saltó hacia ella para clavarle la hoja de acero en el pecho. La portezuela metálica seguía herméticamente cerrada. Pero el almacén tenía dos entradas. La otra era la que daba al parador. Y fue ésa la que, repentinamente, se abrió de golpe, entrando en el almacén un raudal de luz procedente del local encendido.

Jim lanzó un alarido y miró en esa dirección sobresaltado. Una figura masculina saltó hacia él. Intentó clavarle la navaja, pero falló. La hoja de acero silbó en el aire. El recién llegado conectó un brutal, seco mazazo al mentón del muchacho. Derribó a Jim Jeffords como un fardo. Un momento después se inclinaba, quitándole la navaja. Priscilla corrió hacia él.

—¡Oh, Cole, Dios mío! ¡Me ha salvado la vida! —clamó, abrazándose al joven médico.

—Serénese, Priscilla —sonrió el doctor Young—. Ya pasó todo. El segundo asesino ha caído. El caso se cierra, afortunadamente.

—Pero, Cole, ¿cómo supo usted que yo estaba aquí y qué...?

—Oí la llamada telefónica. La vi salir de casa, y la seguí a alguna distancia. Pero esa puerta metálica, al cerrarse, me impidió acudir en su ayuda antes. Rodeé el parador, rompí una vidriera y me colé en el negocio, dando las luces y abriendo la puerta de golpe. Celebro haber llegado a tiempo.

—Cole, el chico confesó... Ha matado a Evelyn Kebee también. Le oculté cosas, Cole, y eso nunca me lo perdonaré. Por mi culpa, quizá, ha muerto la señora Kebee...

—No diga eso. Usted intentó hallar también una solución, como todos nosotros. Bien, ahora tendrá que soltar a Neville el sheriff Travers...

—Sí, Cole. Pero Jim dijo algunas cosas raras. No tenían sentido, aunque él parecía sincero y no tenía ya por qué mentir...

—¿Qué es ello? —se interesó Young, curioso.

—Jim debe ser impotente... Kate se burló de él por ello, y de ahí nació su odio hacia ella. Como usted dijo, los psicópatas ocultan muy bien su auténtica personalidad... Afirmó no haber ultrajado jamás a las víctimas. Sólo Mitch lo hizo.

—Pero la autopsia reveló la presencia de dos violaciones diferentes...

—Lo sé, lo sé. Sin embargo, él insistió en eso. Además, no pudo ser el asesino. El maneja la navaja con la mano derecha, ¿lo notó?

—Sí —Young pestañeó—. Y Mitch también usaba la derecha siempre... No era zurdo.

—¿Entonces...?

—Priscilla, recuerdo que halle un bolón metálico de Mitch donde asesinaron a Faye Hartman, la dependienta de la casa de discos. Tenía gotas de sangre. Pero la chaqueta de Mitch, de donde faltaba el botón, no tenía sangre alguna. Por tanto, alguien le arrancó el botón, lo manchó con la sangre de Faye y lo puso allí. ¿Por qué? Para que el fuese acusado, intentara huir... y alguien le matara con una perdigonada.

—¿Jim Jeffords?

—Priscilla, el sheriff Travers ha dicho que Neville Kebee es... bueno, un caso de homosexual muy claro. Sólo sale con chicas por presumir de lo que no es. Su amistad con Mitch era rara... Y Mitch sí era varonil. Mitch violó a las mujeres, no hay duda. Pero dudo que Neville pudiera hacerlo. Y si Jim es impotente... ¿qué nos queda?

—Que hay otra persona en todo esto... —susurró Priscilla—. Un tercer sádico que espera su ocasión, que viola a la víctima...

—Y luego la degüella —corroboró Young, afirmativo—. Esa tercera persona sí es zurda, y se dedica a esperar, vigila lo que hacen los dos muchachos con su víctima, y cuando ellos terminan de torturarla, el actúa, llegando al clímax con el asesinato de su víctima. Es... un caso claro de patología criminal. Un psicópata reprimido sexual, un ser que no encaja entre los jóvenes de Cedarville y de otros lugares, por una razón elemental.

—¿Cuál?

—Tiene que ser una mezcla indescriptible de voyeur de degenerado, de sádico capaz de gozar matando y haciendo sufrir a otra persona... Eso encajaría en alguien de más edad, en un hombre adulto, maduro acaso, aparentemente respetable, digno, al que jamás se le han conocido líos de faldas, intachable de conducta, respetado por todos... Un hombre zurdo,

inteligente, capaz de estudiar la psicología atormentada de dos muchachos como Mitch Jones y Jim Jeffords, para utilizarles en su favor y, a través de ellos y de su crueldad patológica, llegar él mismo al goce monstruoso de sus crímenes. En suma, alguien que conozca algo de patología, de Medicina... Alguien culto, frío, cerebral, dotado de dos personalidades muy diferentes...

—En suma, doctor Young: Yo. ¿No es eso?

Priscilla había empezado a intuirlo segundos antes. Ahora, un escalofrío de horror la sacudió. Se volvió, al mismo tiempo que lo hacía Young, hacia el hombre enmarcado en la puerta del parador, escopeta de caza en mano.

—¡Tío Jason! —gritó ella, con un ramalazo de pánico y de estupor.

CAPITULO X

—Tío, tú... tú hiciste matar a Evelyn, mataste a Faye Hartman, a Kate, a Stella...

—Y a Mitch también, querida sobrina —sonrió Jason Kane, encañonando a ambos con su escopeta de dos cañones—. Como dijo Young, empezaba a ser peligroso y preferí deshacerme de él, dejando sólo a Jim. Este ni siquiera sabía de mi presencia. Se iba siempre el primero, tras asustarse de lo que habían hecho con su víctima. Pero ésta aún vivía. Mitch se quedaba solo, me llamaba a mí, que espiaba cerca... y completábamos la tarea. Luego él se iba, convencido de haber sido muy fuerte y haber matado a su víctima. En realidad nunca lo hacía. Yo daba el tajo definitivo a su garganta. Si supieras el placer que eso produce, querida Priscilla...

—¡Tío, eres un monstruo! —gimió ella, convulsa.

—No. Es sólo un enfermo. Él peor de todos —dijo lentamente Young—. En la noche, es capaz de hacer lo que de día le causaría horror. A solas, es una bestia sanguinaria y cruel, ávida de sexo. En la vida social, es un personaje intachable. Es lo habitual en estos casos, Priscilla. La mente tiene dos senderos a recorrer. Ajenos entre sí. Ahora, vuelve a ser el Hyde de la historia. Va a matarnos a ambos, para que nadie sepa jamás la verdad. Jim Jeffords cargará con todas las culpas, ¿no es cierto. Jason?

—Y bien cierto, sí —asintió fríamente el editor—. Nadie me relacionará jamás con todo esto, doctor Young. Habrán fracasado rodos: usted, el sheriff, mi sobrina...

—Luego, supongo que se buscará otros recursos para seguir sus andanzas. Ya no puede dejarlo, Jason. Ha probado el sabor de lo prohibido, de lo morboso, y no puede renunciar a ello. Hasta que el monstruo que lleva dentro le devore a usted mismo.

—Eso tardará en suceder —rió él—. Y entretanto, yo gozare con esas chicas a las que veo sangrar, retorcerse ante mí, mirarme implorando morir para no sufrir más. Y yo las hago felices... Y las mato, como me piden sus ojos...

Priscilla cubrió el rostro entre sus manos crispadas. El doctor Young la oprimió serenamente contra él. Miró a Jason con una helada sonrisa.

—Lo siento, Jason —dijo—. Pese a todo, he ganado la partida. Puede matarnos, es cierto. Le bastara apretar ese galillo dos veces. Pero ¿valdrá la pena? Ya no le servirá de nada, porque irá a la cámara de gas por un crimen más o menos.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Que yo presentía algo así cuando Priscilla salió esta noche de su casa. Temí que se repitiera lo de Faye Hartman, si usted interceptaba la llamada desde el supletorio de la redacción... y tomé mis precauciones. Sheriff, ya tiene ahí su hombre. Supongo que bastará con su confesión, ¿no?

—Es un viejo truco —rió Jason Kane—. Espera que me vuelva y...

—No, Jason —sonó la voz áspera de Travers a su espalda. Algo duro, metálico, se apoyó en la espalda del editor—. No es ningún truco. Tire esa escopeta o dispare. Haga lo que haga, no hay remedio. Y no ganará nada con matarles a ellos. Ya ve, ni siquiera tienen miedo a que usted dispare...

Jason Kane estaba lívido0. Respiró hondo. Bajó el arma. La apoyó en el suelo, vertical. El sheriff se dispuso a desarmarle, revólver en mano. Sus ayudantes, Woolf y Robbins, le acompañaban, igualmente armados.

En ese momento, Jason apretó el gatillo. Se disparó la escopeta.

Una bocanada de perdigones subió, en torbellino rugiente, llevándose por delante el rostro todo de Jason Kane, y parte de su cráneo con él. Cuando cayó de bruces al suelo, mientras su sobrina chillaba en brazos de Coleman Young, era una piltrafa sangrante lo que golpeaba el pavimento. Nadie hubiera dicho que aquello fue una vez el respetable y educado Jason Kane, editor del Clarion.

* * *

—Neville ha salido ya de la celda. Está muy dolido, con todo. Lloró al saber lo de la muerte de su madrastra —explicó Travers con un suspiro—. Creo que se va de aquí a trabajar en otro lugar...

—Por cierto, Priscilla, ya he averiguado lo que Evelyn Kebee quería decirte esa noche —dijo Young, pensativo, mientras ella terminaba de componer, pálida y silenciosa, la primera plana del diario.

—¿De veras? —Priscilla miró al joven médico, curiosa—. ¿Qué fue, Cole?

—Verás... Ella supo que el llavero no se lo quitó Neville, sino Mitch. Recordó que un día estuvo en el parador, y Mitch, que venía con Jim del bosque, le quitó el llavero para gastarle una broma a Neville, así como con la foto que le había hurtado. Evelyn, entonces, recordó que Mitch y Jim eran muy amigos de siempre, y que el día que eso sucedió, era la tarde en que Kate fue asesinada en la proximidad del parador. Evelyn recordó eso y ató cabos. Fue allí tratando de hallar algo en el almacén de Jim, porque les vio entrar allí sin duda. Lo cierto es que sí lo halló. Pero también la muerte a manos de Jim Jeffords, en su primer crimen propiamente dicho.

—¿Cómo supiste eso, Cole, y qué es lo que encontró en el almacén Evelyn Kebee?

—Ella encontró la navaja barbera que ocultaba Jim. Con huellas de sangre. Entonces apareció Jim, se la arrebató y la asesinó. En cuanto a cómo supe esas cosas, no es nada difícil. Jim ha confesado parte de ello. Y el resto me lo refirió el propio Neville. Halló un diario de su madrastra en casa... y pudo leer esas anotaciones en él. Está muy avergonzado de su pasión enfermiza por la mujer con quien se casó su padre, y quiere olvidar, irse a algún sitio donde no recuerde todo eso...

—Si yo pudiera hacer igual... —suspiró ella.

—Puedes —sonrió el doctor Young, oprimiendo con fuerza sus manos—. Los Angeles está cerca, pero no demasiado.. Priscilla, ¿vas a venir conmigo allí... para siempre?

—¡Cole!... —ella le miró, entre asombrada y feliz— ¿Eso... es una declaración amorosa?

—Poco más o menos... sí —asintió él, riendo suavemente.

Priscilla Kane se lanzó a sus brazos, en sollozos. Apenas si se escuchó su respuesta entrecortada:

—¡Sí, Cole, sí!... Claro que sí...

El sheriff Travers carraspeó y fue hacia la salida. Era el momento justo de hacer mutis.

Y lo hizo.

FIN